

MARC LA SUCIA RATA

O Los Pro y los Contra de hacer dedo

José Sbarra

PRIMERA PARTE

"No se puede conversar con los anarquistas, tienen tanta razón que molestan."

La Protesta, Buenos Aires, 1987

MARC Y EL POLICIA

-¿Cómo se llama?

-¿Usted es policía o algo así?

-Algo así.

-Y, dígame, "Algo así", ¿usted cree que decirle mi nombre me dará una razón para vivir?

- Las preguntas las hago yo.

-¡Guau!, igual que en las series de televisión, oficial.

-No soy un oficial. Dígame cómo se llama

-Marc. Para los amigos: La Sucia Rata.

-¿Por qué quiso arrojararse bajo las ruedas de ese tren en marcha?

-Si hubiese intentado arrojarme bajo las ruedas de un tren detenido, mi caso sería mucho más grave, oficial.

-No me llame oficial y responda lo que le pregunta ¿Por qué quiso tirarse bajo un tren?

-Porque quería vivir una experiencia nueva.

-Una experiencia suicida.

-Su sagacidad me impresiona.

-Vea, Marc, usted le ha provocado a los ferrocarriles del estado un gran trastorno.

-Confiaba en que sería el último, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Humean montañas de basura a ambos lados de la carretera. Seres andrajosos suben y bajan por ellas. Un adolescente, recostado sobre una pila de cartones y trapos, lee.

Ha encontrado un libro y lo lee con dificultad, pero hechizado.

Para él ha desaparecido el basural, sus manos heladas y sucias pasan las hojas del libro.

El adolescente ha terminado de leer su libro. Se encienden estrellas sobre la basura. Es la primera vez que lee un libro desde el comienzo hasta el final. Es la primera vez que descubre que alguien que no lo conoce y a quien nunca vio, sabe exactamente lo que le pasa y lo que piensa. Aprieta el libro. Lloro. O casi. Acaba de comprender que no está solo en el universo. Hay alguien que lo entiende y se lo ha contado por medio de un libro. Vuelve a la primera página, a la primera frase. Se repite a sí mismo el nombre del autor. Es un escritor de otro país, de Alemania.

A la mañana siguiente le dice a su maestra que ha leído un libro de un escritor alemán y que durante la noche le ha escrito una carta, pero que no sabe a dónde tiene que enviarla para que le llegue. La maestra le pregunta como se llama ese escritor. Y él responde que

en ese momento no lo recuerda. Entonces le pregunta por el título del libro. El responde que lo tiene en la punta de la lengua pero que no le sale. Ella le pregunta cómo puede ser que le haya impresionado tanto un libro, que hasta lo ha impulsado a escribir una carta y que no retenga el título ni el nombre del autor. El adolescente se queda en silencio. No quiere revelar esos datos por vergüenza. La maestra podría conseguir el mismo libro y sería como si lo espia a él por dentro. Ella le dice varias cosas. El sólo repara en una; embajada de Alemania.

Se ha aplastado el pelo con agua jabonosa. Trata de no pisar charcos para no manchar las alfombras que imagina detrás de la palabra embajada. Lleva mal abrochado el cuello de la camisa.

Hace dedo. Se detiene un Renault color mostaza.

El chico de la basura sonríe. Agradece. Sube al coche. Agradece. En su mano izquierda palpita una página de cuaderno doblada, sin sobre.

La humareda semeja niebla y el día es gris.

-¿Y para qué tenés que ir a la embajada de Alemania?

-Para enviarle esta carta a un escritor. Ahí me van a dar la dirección.

-¿Quién escribió esa carta?

-Yo.

-¿Y cómo se llama el escritor?

El adolescente revela por primera vez el nombre del escritor.

El hombre reprime un impulso. Mira a los ojos al adolescente. Siente el humo caliente del basural que entra por la ventanilla. Sonríe ante la asimetría de la camisa del chico. Le dice:

-Te voy a llevar hasta, la puerta de la embajada. Aprieta el acelerador y, poco a poco, el entorno empieza a urbanizarse. Sintoniza la radio en una música alegre.

Intenta imaginar cómo recibirán a ese jovencito en la embajada. Tal vez lo traten con indiferencia -piensa-, tal vez le tomen la carta sin darle mayor importancia o quizás alguna secretaria le diga lo que él no se atrevió a decirle, que ese escritor ha muerto hace ya muchos años.

MARC Y EL POLICIA

-¿Por qué anda vestido así?

-¿Así cómo?

-Con aspecto de pordiosero.

-Mi aspecto no me preocupa, oficial, de todos modos no soy como me gustaría ser.

- ¿Pero usted no tiene ninguna vocación?

-Sí, tengo una, vocación de suicida. Esa es la mía. Soy un perfecto inútil.

-No se apresure Marc, nadie es perfecto, quiero decir nadie es inútil.

-Qué fallido, oficial.

-No sea sarcástico. Cualquiera tiene alguna utilidad, sólo hay que tratar de encontrarla. Todos los seres existen para algo. Hasta usted.

-¿Está tratando de ayudarme o está diciendo su discurso del adiós?

-Estoy intentando entusiasmarlo con la vida.

-Lo único que consigue es desalentarme, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

KIPLINGADA

-poster -

- *Si eres capaz de mantenerte calmo ante los policías que arrastran a un joven manifestante.*

- *Si puedes impedir que tu corazón manche de rojo las paredes de tu cuarto.*

- *Si puedes mirar por TV mientras tomas un martini la marcha obsesiva y circular' de esas mujeres.*

- *Si puedes soñar pero le tomas medidas y le pones límites a tu sueño.*

- *Si eres equilibrado como para entender que una despedida es un hecho tan natural como un encuentro.*

- *Si sientes que no te contamina toda la mierda que te rodea.*

- *Si después de perder al ser que más querías consigues rehacerte en quince segundos y volverte a enamorar en el segundo siguiente, entonces...*

Eres un verdadero monstruo, hijo mío. Tuya es la tierra y lo que hay en ella.

MARC Y EL POLICIA

-Algo tiene que hacer, Marc, trabajar, estudiar, lo que sea, pero no puede pasarse la vida sin hacer nada.

-Oficial, me defrauda una vez más, ¿usted cree en la acción por la acción?

-Lo que yo creo es que tiene que hacer algo, nadie puede estar bien de la cabeza sin hacer nada.

-La acción es sólo un gasto de energía, oficial, no es más que epilepsia.

-¿Y para no ser un epiléptico, usted no hace nada en todo el día?

-Sí que hago oficial.

-¿Qué hace?

--Me tomo el trabajo de respirar quince veces por minuto.

-¿Y cuando está en su casa, respira y mira el techo?

-No, oficial, escribo.

-¿Escribe qué?

-Un libro.

-Ah, entonces usted es escritor. No será como ser abogado, pero ya es algo. ¿Y cómo se llama su libro?

-"Los Pro y los Contra de Hacer Dedo".

-Bueno, el título siempre puede cambiarse por uno mejor..., ¿para cuándo piensa terminarlo?

-Para dentro de dos o tres años, si la policía no me interrumpe antes.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

El sol cae como fuego sobre la carretera.

Llueve sol.

El camión se coloca detrás del Peugeot azul. Lo sigue inocultablemente. Su conductor es un joven pelirrojo.

El hombre del Peugeot mira al joven por el espejo retrovisor. La ansiedad hace destellos y oscuridades en sus ojos.

El automóvil se detiene ante un bar, al costado de la carretera desierta.

El joven pelirrojo detiene el camión, baja y se dirige, sin mirar a su alrededor, hacia el baño del bar.

El hombre del Peugeot va tras los pasos del joven. Atraviesan un salón con mesas de pool en las que nadie juega.

Sobre el sucio mármol del lavatorio, el joven extiende dos líneas de polvo blanco.

-Pruébela -le dice al hombre del Peugeot que acaba de entrar.

El hombre, visiblemente excitado, hace un cilindro con un billete de cien dólares. Coloca un extremo en su nariz, el otro sobre la primera línea. Con dos cortas y profundas aspiraciones hace desaparecer las rayas de polvo blanco.

Le tiende unos billetes al joven.

-Aquí están los dos mil.

El joven pelirrojo cuenta el dinero y luego le entrega un manoseado sobre.

-Aquí tiene. Hasta la próxima.

-Espera.

-¿Qué?

-¿Cuánto Quieres por...?

-¿Por qué cosa?

-Por quedarte unos minutos más aquí.

-¿Para qué?

-Ya lo sabes. Me gusta ese bulto que tienes entre las piernas.

-Mierda.

-¿Cuántos quieres?

-Quinientos más

-¿Quinientos dólares?

-Sí.

-Te has vuelto loco.

-No. Es que todo esto me da asco.

-Entiendo. Te da quinientos dólares de asco.

-Así es. Hasta la próxima.

-Espera.

-¿Qué?

-Toma. Para que soportes tu asco.

El joven pelirrojo verifica los quinientos dólares. Los guarda en el bolsillo del jean. Se apoya de espaldas a la puerta. Baja el cierre de su bragueta. Saca su verga y empieza a masturbarse. Cierra los ojos.

El hombre del Peugeot se arrodilla ante el joven pelirrojo. Abre su boca en busca de ese trozo de humanidad. Su lengua salivosa alcanza la verga del joven. Hunde con desesperación su cabeza en la sudada pelambre. Huele el sudor. Huele la juventud, el camión, la ruta, la vida ajena, un trozo de humanidad.

El calor tiñe de dorado la carretera.

El joven pelirrojo salta al camión. Se quita la camisa y con ella se seca los sobacos. Enciende un cigarrillo y pone en marcha el motor.

Una viscosa transparencia se traga al camión en la distancia.

En dirección opuesta, el Peugeot se desliza sobre el pavimento como una fresca mancha azul. Vuela el sonido de una radio encendida en el desierto.

MARC Y EL POLICIA

-¿Pero usted se negó a responder?

-Por supuesto, oficial, cualquier otro ciudadano en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

-¿Y él cómo reaccionó?

-Se enfureció, golpeó el escritorio y me trató de subnormal.

-¿Y entonces fue cuando usted se puso loco?

-Digamos que me puse peor, oficial, porque loco estoy siempre.

-¿Y qué hizo?

- Le dije que yo no estaba dispuesto a dialogar con alguien cuya calidad humana desconocía.

-¿Y qué necesita conocer del jefe de policía?

-No sé... Saber si cultiva petunias en otoño, por ejemplo.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

BAUDELERIANA

-poster-

Suicídense

por favor suicídense

por asco por locura

por resentimiento por narcisismo

para no dejarse morir lentamente

por asombro ante la maldad

por asfixia por horror

por soledad

por amor

dentro de lo posible por amor

pero por favor

suicídense.

*Y si alguien les pregunta
qué hora es
respondan sin dudarlo
es la hora de suicidarse.*

MARC Y EL POLICÍA

-¿Por qué uno no puede suicidarse tranquilamente, oficial?
-Porque es horrible desear la muerte.
-La muerte no es algo horrible, oficial, es sencillamente no estar más. Yo, antes de nacer, no estaba en esta vida, y eso nunca me molestó. Puede creerme.
-Los que se suicidan jamás podrán ir al paraíso.
-Sí, ya lo sé. Ahí irán los policías, los abogados, los religiosos, los psicólogos y los porteros, la gente limpia. Yo soy una sucia rata, oficial. A mí el paraíso celestial, con sus angelitos tocando todo el día esas insufribles arpas, me resultaría más insoportable que el infierno.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

I

Una mujer está sentada en la terraza de un bar cercano a la estación.
No hay nadie más que ella y un camarero en ese bar.
Es la estación de un pueblo pequeño, insignificante. Las vías del tren están próximas a las mesas desocupadas.
Ella bebe un refresco y espera. Es evidente que espera a alguien que llegará en un tren.
Su maquillaje cuidado, su deliberada elegancia, su actitud alerta, su perfume, hacen suponer que espera a un hombre. Al único hombre que amó.
Tal vez por eso, o por la inabordable tristeza de sus ojos, el camarero no se atreve a decirle que la estación fue abandonada hace mucho tiempo y que por esas vías ya no pasará ningún tren.

II

Ella lo sabe. Pero ella espera porque la estación está aún ahí, y también están las vías.
Ella espera porque la tarde está soleada y la brisa la toca suavemente.
Ella espera, no sabe hacer otra cosa.
Si se viste, si se peina, si aún acepta repetir los pobres estos de la vida, si se toma el trabajo diario de no morir, si trata de pensar que valen la pena el sol y la tarde y la brisa, es porque cree en la espera.
Ella espera, no hay otra razón.

III

El camarero vuelve a llenar la copa de la hermosa mujer.

Ella no lo ha mirado, pese a que no hay otro ser a su alrededor. No obstante, agradece el nuevo refresco con la vista dirigida hacia la antigua estación.

La tarde decae. Lenta. Triste. El paisaje toma el color de las películas mudas.

Se han encendido los faroles de la terraza, aunque ninguna otra alma viviente se siente atraída hacia el lugar.

La mujer, dignísima, se pone de pie, deja unos billetes sobre la mesa y se marcha rumbo al pueblo.

La fina silueta se aleja morosamente sobre la hierba del solitario camino. El camarero la ve marcharse y tiene una súbita sensación de asfixia en el pecho.

IV

Si mantiene abierto ese bar al lado de una estación abandonada, al cual no acude la gente del pueblo, si se viste, si se peina, si soporta diariamente los pobres gestos de la vida, es sólo porque espera a una mujer.

Espera a una mujer demasiado importante, demasiado hermosa, con una tristeza inabordable en los ojos.

V

La mujer mira las vías muertas sentada en el bar de la vieja estación. Mantiene una actitud indiferente con el entorno porque está enamorada.

Ama demasiado a ese camarero y tiene miedo de que él no la quiera.

Por eso todas las tardes se sienta en la terraza del bar. Bebe un refresco y finge.

Finge que espera a alguien que no vendrá.

MARC Y EL POLICIA

-Tenía que ser usted... Dígame qué está haciendo en esta esquina.

-¿Prefiere que le cuente la verdad o que le responda algo que usted pueda creer?

-No intente confundirme y dígame qué está haciendo acá.

-Estoy esperando a una chica.

-Justo aquí, frente a la central de policía. ¿Cómo se le ocurre hacer una cita en este lugar?

-De la misma manera que se me ocurriría hacer una cita en otro lugar.

-¿Entonces por qué no se le ocurrió citarla en otro lugar?

-Fue ella la que me citó a mí.

-Y no vino.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque lleva más de una hora en esta esquina.

-Su informe es correcto, oficial.

-El comisario general lo ha visto desde su ventana y ha preguntado quien es ese sospechoso.

-Dígale que no tiene porqué preocuparse, que soy yo esperando a una chica.

-Pero usted está completamente loco.

-Sí, desde que era un espermatozoide. Entre nosotros, oficial, ¿usted cree que vendrá?

-Usted está loco.

-Eso ya está aclarado, oficial, lo que le pregunto es si cree que ella va a venir.

-El que hace las preguntas soy yo.

-Esa frase la sacó de alguna serie de televisión

-Es imposible hablar con un loco.

-Depende, oficial, hay locos y locos.

-Terminemos.

-Eso es lo más sensato que le he escuchado decir.

-Terminemos.

-No hace falta que lo repita, le dije que era lo más sensato que le escuché, pero tampoco es una genialidad como para andar repitiéndola, oficial. De todas maneras, como usted dice, "terminemos", esto no da para más. Yo seguiré aquí esperando a mi chica y usted puede ir tranquilo a explicárselo a todas las unidades.

-¿Usted cree que me ha convencido con esa absurda historia de que espera a una chica frente a la central de policía?

-No quiero que piense que la voy de sagaz por la vida, pero en ningún momento lo vi muy convencido.

-Dígame qué está haciendo acá.

-Si le digo realmente por qué estoy aquí me lo va a creer menos que la historia de la chica.

-¿O sea que me mintió?

-No exactamente.

-¿Qué quiere decir con eso de "no exactamente"?

-Que no es que le haya mentado sino que no quise alterar su equilibrio mental Esa historia de la chica me pareció lo más acorde a su estructura de pensamiento.

-Terminemos.

-Eso ya lo dijo antes y después empezó de nuevo.

-Porque usted le ha mentado a la policía.

-Pero, oficial, ¿qué esperaba que hiciese? El día que todos le digamos la verdad a la policía va el mundo entero a la cárcel, menos la policía, claro.

-¿Qué dice?

-Nada importante, oficial, estaba reflexionando en voz alta.

-¿Reflexionando?

-Sí, es una costumbre que tenemos los desuniformados.

-Dígame de una vez por todas qué está haciendo frente a la central de policía.

-¿Antes o después?

-¿Antes o después de qué'?

-¿Antes de que llegara usted o ahora?

-Antes. ¿Qué estaba haciendo, antes, en actitud sospechas frente a la central de policía?

-Estaba esperando que me matara una bala perdida.
-Eso es lo más inverosímil que he escuchado en toda mi vida.
-¿Ve? Lo que a usted le parece inverosímil, para mí es lo más natural. No hay caso, oficial, usted y yo no vamos a entendernos jamás.
-Desaparezca inmediatamente de mi vista.
-¿Desaparición instantánea como de ciencia ficción?, ¿o puedo irme caminando?
-Hágalo como quiera, pero ya mismo.
-Si llego a desaparecer como en las películas de ciencia-ficción a usted lo internan.
-Váyase.
-Me voy, pero cierre los ojos y cuente hasta ciento cincuenta porque yo camino despacio, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

LA JOVEN PROSTITUTA

El me habla. Cuando hice dedo no había distinguido que era él. Hay miles de camiones en esta ruta y di justo con el de mi padre. Me miro las manos. No puedo evitar sentir que estoy al lado de un extraño. No me gusta alejarme de la ciudad universitaria, por eso hago dedo acá. El encuentro fue absurdo, pero hubiera sido más absurdo fingir que no. Que no nos reconocimos. Que voy para otro lado. Que va hacia otra parte..

Es cruel la evidencia de que le he hecho perder la posibilidad de tener una aventura. Sería más insufrible decirle que mejor me bajo, que estoy perdiendo tiempo y dinero. Soy su hija. ¿Vas a la universidad o no? Sí que voy. No me cree. No entiende que pueda estudiar y hacer la calle. No es que no pueda entender. Son los tiempos que cambian: se consuela. Hablamos sin mirarnos. Tratamos de que no se encuentren sus pupilas en mis pupilas. No haga mas más obvia la pesada incomodidad de esta confusión: me suplica al no mirarme. Pertenecemos a distintos sexos. Me gustan los hombres. Estar con ellos. Entre ellos. El lo sabe. Sabe que me acuesto con distintos hombres. Que cobro. Tengo éxito en lo mío. Soy la más joven de todas. El también tiene éxito con las otras. Gusta. Me lo contaron. Si no fuera mi padre me llevaría a un hotel. O a otra parte. Intentaría poseerme a cualquier precio. En cualquier sitio. De cualquier manera. Pero es mi padre. La idea le pasa por la mente. Mira hacia el camino y habla. Se autocastiga. Habla de temas que no me importan. De mamá. De por qué no vuelvo a casa. De que la familia es lo mejor. De que si mamá no me habló de mujer a mujer. Le respondo que sí. ¿Y qué te dijo? Me dijo que si quería tener un departamento debía trabajar dieciséis horas o abrirme de piernas. Que no me enamore de mis clientes. Que no me enamore de nadie si quiero llegar a algo.

Sigue con que la calle es peligrosa. Que nadie me va a ayudar con desinterés. Que el mundo es una mierda. Que los padres, aunque no sean perfectos, son preferibles a andar por ahí como una huérfana. No quiere que me hagan gozar y que encima me paguen. Le pasan las imágenes por la cabeza y sufre. Pregona las buenas costumbres, pero sabe que son mucho más aburridas que las malas. Trabaja de padre. Trata de convencerme sin presionarme.

Mis piernas lo perturban. Mis pechos bailan con los saltos que da el camión. Su camión es su instrumento. Su coartada. Su pasaporte. Le ha servido para serle infiel a mi madre. Para alejarse de ella honradamente. Para no verla todo el día. Para no tener que dormir junto a ella todas las noches de su vida. Para no odiarla aún más.

No nos miramos a los ojos por temor a verificarnos ajenos. Como si su paternidad hubiese sido el desproporcionado precio de un instante de placer. Demasiada carga la paternidad para un olvidado desahogo. Conduce atento. Observa a los otros vehículos. Clava su mirada en la nunca más imaginaria línea del horizonte. No me mira. No soporta la certeza de que su hija es una prostituta.

No me mira para no tener que aceptar que me desea. Que la desea. Y que, tal vez, su hija también lo desea a él.

Los vehículos se detienen. A lo lejos algo obstaculizó el camino. Se ve humo. Los autos que van en ambas direcciones deben pasar de a uno por vez. Lentamente. Anochece.

Le pregunta a su hija si quiere volver a casa con él y con su madre. El la puede llevar. Su hija no responde. Me lo ha preguntado sin mirarme a los ojos. Nunca lo hará. Ya nunca lo podrá hacer. Sabe que ya es tarde para empezar a hacerla ahora, a mirarme ahora. Pero por sobre todas las cosas teme entender que necesito su amor. Que lo necesité siempre. Está dispuesto a darme lo que le pida, pero no un poco de amor. Si la mira, su hija le pedirá amor. Lo sabe. No quiere que se lo pida, ni siquiera con los ojos. Lo irrita que yo no sea más hipócrita. Que no me parezca a mi madre. Que no me haya casado. Que no haya querido jugar a mujer que-se-enamora-es-engañada-calla-y-perdona. Me daría vergüenza perdonar. Tener que escuchar a un hombre inventando excusas.

No me mira. No me perdona que no le pida perdón por nada. Lo incomoda mi incapacidad para la mentira. El tránsito sigue detenido. El padre desciende para averiguar qué sucede ahí donde hay humo y por qué no se puede avanzar.

Conversa con otros camioneros. Es un hombre atractivo. Viril como una película de cowboys. Si tuviese setenta años todo sería más fácil. O tal vez no. Quién sabe.

Vuelven a moverse las luces en ambos sentidos. Los conductores que habían bajado al pavimento regresan a sus sitios.

El padre se sienta y dice: hubo un accidente. Pero la muchacha ha desaparecido.

El padre no ve el espacio vacío sino más tarde, mucho más tarde. Las ruedas del camión echan a rodar. Una estela de vehículos lo sigue.

El perfil de su hija se recorta al costado del asfalto, entre las otras putas, contra la sombra oscura de los árboles.

MARC Y EL POLICIA

-¿Qué hace en un tugurio como éste?

-¿Me recomienda otro mejor, oficial?

-Cállese. Las preguntas las hago yo.

-Oh, Harry, qué duro estás hoy, no he hecho nada malo Harry, no soy un buscapleitos, sólo estaba tratando de divertirme con mi chica y mi navaja.

-Deje de hablar de ese modo.

- ¿No le gusta mi voz?
- No me gusta nada de usted, Sucia Rata Marc, ni siquiera su nombre.
- Justo hoy, oficial, qué pena.
- ¿Qué tiene de particular el día de hoy?
- Que llueve y necesito un poco de ternura.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Los jóvenes de la ciudad comenzaron a suicidarse de pronto y sin que nadie supiera el motivo. No se podía caminar por la calle sin tropezar con algún cadáver. Muchos temían pasar cerca de los edificios sabiendo que podía caérseles un cuerpo encima.

Los jóvenes saltaban al cielo desde las ventanas, reptaban mirando automóviles del lado de abajo, cantaban incomprensibles canciones en los túneles subterráneos, se lanzaban al río con una culpa atada al cuello.

Era todo un riesgo andar por la ciudad en semejantes circunstancias. Las mayorías respetables exigieron que se tomaran medidas de seguridad. Los organismos oficiales se hicieron cargo y ya no se ven cadáveres de jóvenes por la calle. Los matan ellos.

Sólo las minorías marginadas se quejan: han privado a los jóvenes de la única libertad que poseían.

MARC Y EL POLICIA

- ¿Qué tal, Marc, cómo se encuentra?
- Socialmente desfasado.
- ¿Qué fue lo que ocurrió en el banco?
- Le regalé un puñado de manías a cada cajero.
- ¿Por qué hizo eso?
- ¿Le digo la verdad o le invento algo más creíble?
- Dígame la verdad.
- Porque hoy es lunes, oficial.
- ¿Y qué tiene que ver que hoy sea lunes?
- Que los lunes el zoológico está cerrado Yo no tenía ni idea de que hoy era lunes y ya había comprado los manies.
- Dígame por qué fue al banco. Pero esta vez quiero que me cuente la verdad, ¿entendido?
- Ya se la conté, oficial.
- Entonces ahora invente algo más creíble.
- El plan lo ideó Henry. En el grupo somos tres: Henry, que es el cerebro, Johnny, que es la fuerza bruta y yo.
- ¿Y usted qué viene a ser?
- El asesor espiritual del grupo. Como le decía, el plan lo ideó Henry, pero a Johnny, que es demasiado musculoso, el traje de viejita inválida le iba fatal, por eso a mí se me ocurrió distraer la atención tirándoles manías a esos lechosos cajeros.

-¿Y por qué no se puso usted el traje de viejita?

-No me diga que se creyó esta historia, usted me da miedo, oficial, no puede ser que sea tan geométrico.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

AMADONERVADA

-poster-:

No.

Yo no fui el arquitecto de mi propio destino, ni el musicalizador, ni el director de fotografía, ni la cortadora de negativos, ni el maquillador. Yo no fui el arquitecto de mi propio destino. No me dejaron alcanzar un balde de sangre para llenar alguna vena, ni siquiera pude dar una mano para que lo pusieran de pie a mi esqueleto. Nada. No fui invitado a la inauguración de tan precario y fundamental monumento. No me pidieron ni la más breve opinión, ni siquiera un sí o un no dados con la cabeza. Participaron todos menos yo. Se metieron sin que los llamara. Se atribuyeron grados de parentesco, derechos y afinidades. Asistieron a mi entronación para vestir de fiesta sus egoísmos, tal vez porque tampoco a ellos les habían permitido ser los arquitectos de sus propios destinos.

Intentaron convencerme de que yo era el arquitecto de mi propia vida cuándo ya me habían rajado los cimientos, retorcido las columnas, aplanado la bóveda, tapiado los ventanales, humedecido los sótanos, oscurecido las claraboyas y entristecido las raíces del jardín.

Hubo uno que escribió que había sido el arquitecto de su propio destino. Allá él con su andamiaje. Yo no construí nada. No fui el diseñador de la catedral de mi culo ni del burdel de mi alma.

MARC Y EL POLICIA

-Oficial, mis amigos hacen apuestas.

-¿Apuestas?

-Sí. Eso es ilegal, ¿verdad?

-Depende, ¿hacen apuestas por dinero?

-Claro, qué gracia.

-¿Y a qué apuestan?

-Unos a que voy a suicidarme y otros a que no lo voy a hacer nunca.

-Sus amigos están locos.

-Si no lo estuvieran no serían amigos míos, oficial. Lo que yo quiero saber es qué opinión le merece eso de que hagan apuestas conmigo como si yo fuese una bolilla de lotería.

-Opino que lo único que le interesa a usted es ser un centro de atención y vive haciendo disparates para conseguirlo.

- Le pedí su opinión, oficial, y no que me clasificara según su manual para guardianes del orden. ¿Usted apostaría a que voy a suicidarme o a que no?
- Los policías no hacemos apuestas.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Espero que seas vos. Aunque veas este libro en manos de un policía... el intruso es él, este libro fue escrito para vos. Para que lo encontraras, para que lo robaras. Para que sepas que no puedo descifrar tu clave, pero que mientras escribía estas páginas, estabas en mí y te lo pasabas bien.

MARC Y EL POLICIA

- Feliz día de la locura, oficial.
- ¿Así que hoy es el día de la locura?
- Sí, oficial, festéjelo en familia.
- ¿Y quién declaró ese día?
- Habrá sido algún loco suelto, oficial.
- Por casualidad, ¿llamado Marc?
- La sucia rata de Marc, efectivamente.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

La mosca dibuja espirales en la superficie de una copa de vino abandonada. El sol se empecina en meterse en la habitación con su alucinante claridad. Hay ropas desparramadas que aún modelan la forma que contuvieron antes de caer. Hay ceniceros, copas, botellas, polvo sobre los muebles, libros que ignoran su inutilidad. Hay sobre la cama un cuerpo de mujer..

Respira arrítmicamente. Hace una hora o seis que despertó. Corre de un lado a otro. La mente que desanima ese cuerpo es un martillo. Pregunta. Trabaja con minuciosidad la materia del sufrimiento.

El cuerpo y la mente de una mujer que se niega o acepta su nueva situación: está sola.

El contestador telefónico registra llamadas de amigos y de algún pariente que supone que una gota de sangre en común le da derecho a comprender. La que no llega es la voz de la única persona que le importa en el mundo.

Está sola. Trata de entender que se encuentra en un período natural de adaptación. Es lógico que le cueste retomar el ritmo anterior a la llegada del hombre que se ha marchado.

Es una mujer inteligente, pero algo se desgarró dentro de su cuerpo. Se pregunta para qué y por qué y si fue verdad lo vivido junto al hombre que ya no está.

Como si la existencia fuese una pugna de equivocaciones y aciertos se interroga por los errores cometidos.

Ama la música, pero la ha olvidado. La casa está en silencio. Sólo la claridad empecinada hace un metálico sonido.

El cuerpo se ha sentado en la cama. Los restos de un batallado maquillaje dibujan luces y sombras en su cara. Va al baño. Pasa sin interés delante de un espejo.

El cuerpo ha recuperado los movimientos mecánicos para ejecutar los miserables actos cotidianos. Pero su mente continúa obsesiva en la tarea de sufrir. De no querer dejar de sufrir para que algo de alguien no desaparezca del todo.

Las manos correspondientes al cuerpo de la mujer levantan las persianas y entra el sol como una orquesta. Por un gesto de torpeza se vuelca una copa de vino.

La mosca sigue dibujando círculos en el vino derramado.

MARC Y EL POLICIA

-Marc, sucia rata, ese brillo extraño que veo en sus ojos me confirma que usted se ha drogado.

-Oficial, me decepciona, usted dice "este joven se ha drogado", y cierra su mente como si fuera una caja metálica.

-O sea que es verdad. Efectivamente es adicto a las drogas.

-Todos somos adictos a algo en este país. Usted es adicto a su uniforme. Sin él se siente nada. Tiene que aprender a controlarse, oficial, si no algún día va a morir de sobre dosis.

-¿Qué dice?

-Sobredosis de uniforme, oficial, se han dado casos terribles.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

UN JEEP VERDE Y UN ANORAK COLOR NARANJA

Llueve.

Es el fin del verano. Oculta en un anorak color naranja, la mujer camina.

La carretera se convierte en una franja de acero atravesando el atardecer. Un jeep se detiene.

Su conductor hace señas a la mujer del anorak. Ella sube para protegerse del repentino temporal, de la constante tristeza.

El jeep está cubierto por una tensa lona verde. Se estrellan las gotas contra el plástico transparente de las ventanillas.

A lo lejos se encienden los contornos de las nubes con líneas eléctricas como si el cielo fuese un alucinante cartel de neón diseñado por un loco.

El desconocido conductor detiene el jeep al borde de un acantilado. Desde ahí se puede ver la tormenta, magnífica, enredándose en un juego con el océano.

La mujer observa fascinada. Ha olvidado las penas del pasado y los temores del porvenir.

Anochece.

De una heladera de viaje, el conductor saca dos latas de cerveza. Le ofrece una a la mujer, que se ha quitado su anorak. Se miran a los ojos por primera vez. Están de vuelta de algo. Los dos.

El arma un cigarrillo con hachís y se lo tiende a la mujer. Ella lo enciende, da tres bocanadas y se lo vuelve a pasar. Son dos niños escondidos en la última fila de un cine mirando un film prohibido.

El interior del jeep se sume en una dulce humareda. Afuera, ante sus miradas, la tormenta continúa con sus dibujos de pirotecnia, las olas se acoplan bramando y estallan de placer. Ellos se besan. Se recorren con las manos en un juego que resulta ser parte del juego del ciclo y el mar. Se aman sin saber sus nombres.

Envuelto en las ráfagas de la lluvia, el jeep es un torreón encaramado a un peñasco. Las filigranas incandescentes de los relámpagos recortan su imagen sobre el vacío.

La lluvia ha cesado.

El amanecer le devuelve al paisaje su inocente luminosidad. El jeep se detiene en un cruce de caminos. La mujer desciende.

Se aleja el jeep hasta desaparecer del horizonte. La mujer camina por el campo arrastrando su anorak color naranja sobre el pasto húmedo.

El sol se instala en lo alto imponiendo un día más. La carretera vuelve a combinar su azar para los seres imprevisibles.

MARC Y EL POLICIA

-¿Esa gente son amigos suyos?

-Sí, son amigos míos, pero no me pregunte de dónde ni cómo se llaman porque no tengo ni la más remota idea.

-¿Y que hace usted aquí con estos drogadictos?

-Somos buenos amigos, oficial.

-¿O sea que usted también es drogadicto?

-Eso de "drogadicto" es sensacionalismo, oficial, digamos que la droga y yo nos llevamos estupendamente.

-Ahora comprendo.

-No lo puedo creer.

-Es la droga la que le hace decir tantas estupideces.

-Si fuera así usted tendría que confesar con que se da, oficial.

-No haga el papel de joven rebelde.

-Okey, oficial, pero déjeme ir.

-Lo voy a dejar ir con una condición.

-La que quiera.

-Que se presente en la comisaría el lunes a las siete de la mañana.

-Lléveme arrestado ya mismo.

-¿Qué dice?

-Oficial, soy absolutamente incapaz de levantarme a las siete de la mañana.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Cuántas veces te besé, pequeña. Cuántas veces mi lengua llenó tu boca, la recorrí como una fiera asustada y se quedó largo rato sin ganas de salir de tu cueva. Cuántas veces mojé tus párpados y tus piernas, y tu espalda y tu entrepierna y tus labios verticales. Cuántas veces tuve miedo y felicidad de tenerte y de perderte. Cuántas veces te llené los pulmones con el humo de mi tabaco. Cuántas veces te aprisioné en tu cuerpo. Cuántas veces secuestraste mi sexo entre las paredes húmedas de tus cavernas y me hiciste saber que nada tenía importancia, que no importaba si la vida me andaba bien o me andaba mal o no me andaba. Cuántas veces no importó nada más que tu mirada y tus increíblemente flacos brazos. Cuántas veces lloraste y cuántas fuiste sólo una pequeña huérfana que se dejaba sodomizar hasta quedarse dormida.

MARC Y EL POLICIA

-¿Esta drogado o no?

-Si le digo que no, no me lo va a creer. Y si le digo que sí, me va a llevar preso.

-Dígame la verdad.

-La verdad no existe, oficial, hace veinte millones de años que estamos dando vueltas por el espacio y todavía no nos hemos enterado para qué.

-¿Por qué tomó drogas?

-Mire a su alrededor... ¿Conoce otra forma de soportar esto?

-Usted se droga porque se siente solo y deprimido..

-Eso sí que lo aprendió en algún programa de televisión, oficial, no lo niegue.

-Se encuentra en un estado lamentable y pretende hacerse el gracioso.

-Lo único que pretendo es que no me jodan, oficial.

-Si le pregunto quién le dio eso, me va a decir que fue un señor que no lo conocía y que casualmente pasó por aquí y se lo regaló, ¿no es así?

-No sé si le daría tantas explicaciones.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Un cuadrado de cielo se ve desde la cama. Sólo se oye el apagado tic tac de un reloj y la agitada respiración de la mujer. Ella se despierta. Enciende un cigarrillo y va hacia la ventana. Su silueta se recorta sobre el fondo azul de la noche. El humo que sale de su boca dibuja irrealidades en el aire. En algún lugar de la penumbra, un bolso, una maleta y un abrigo esperan la mano que los llevará a otra parte. La luna entra en el cuadro y ahora la mujer parece recostada contra la plata de la luna.

El joven pintor recoge sus piernas y las sábanas se acomodan armoniosamente alrededor de su cuerpo.

Duerme. Las líneas de sus pestañas concuerdan con sus sueños desprovistos de maldad. Su postura hace pensar en un animal tierno que aún ignora las trampas de la cacería. Se retuerce sobre la cama, entreabre los ojos y cree ver a la mujer apoyada en la luna.

Ella recuerda la serie de insensatos momentos vividos con ese joven pintor en esa precaria casa. Recuesta su cabeza contra el marco de madera. La luna ha desaparecido de la escena. Ahora solo hay una silueta negra sobre un fondo azul. Una voz entra en el espacio y atraviesa la oscuridad hasta llegar a la ventana:

-No me dejes.

La mujer apaga un cigarrillo y todavía no sabe si besará al joven o si partirá sin tocarlo.

El muerde la almohada. Temblando articula otra vez la frase:

-No me dejes.

Se incorpora en la cama. Corta una barra de hachís. La calienta con un mechero. La mezcla con tabaco y lía un cigarrillo. Lo enciende. Fuma.

Lo invade dulcemente la tristeza. Repite no me dejes. Y ahora resulta aún más conmovedora su figura de animal inexperto.

La mujer se separa del cuadrado azul. El joven descubre su cuerpo desnudo y comienza a masturbarse. La mujer se recuesta contra una pared en la penumbra. El joven se masturba y llora. La mujer lo mira, se entenece, pero ya ha decidido partir. El joven se masturba, llora y dice no me dejes.

MARC Y EL POLICIA

-¿Que está haciendo?

-No sabría como explicárselo, oficial.

-Voy a detenerlo por exhibicionista.

-Yo no se la estaba mostrando a nadie, oficial.

-Pero la tiene afuera del pantalón.

-Ah, eso es para no mojarme, ¿usted mea por la manga, oficial?

-No, pero no lo hago en lugares públicos.

-Se pierde un gran placer. Hay pocas cosas más placenteras que mear cerveza en una plaza desolada bajo la luz de una luna como esa, oficial.

-Voy a tener que detenerlo.

-¿Cree sinceramente que a la luna le haya molestado mi meada?

-Este es un parque público.

-y yo soy la estatua al meador. Ponga ahí un cartel que diga "agua no potable" y déjeme en paz.

-Acompáñeme.

-¿Puedo sacudirla?

-No. Ya va a tener tiempo de sacudírsela toda la noche en el calabozo.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Después de cada pico. Inmediatamente después de quitar la aguja de tu vena, te abrazabas a sus piernas, a su cuello. La besabas. Te detenías minutos como siglos en su sexo. Lo lamías, lo aprisionabas, lo besabas, lo sorbías, lo chupabas, lo bebías, lo penetrabas con la lengua.

Después del pico. Inmediatamente después. Justo cuando se te partía la cabeza de música. Cuando galopaban elefantes azules dentro de tus brazos. Te dijo

-No me toques.

Cerró las piernas. Se apartó de tu lado. Te lo dijo después de un pico. Inmediatamente después de quitar la aguja de tu vena. Se apartó de tu camino. Justo cuando te inclinabas a besarla, a gastar tu pico en amarla.

-No me toques.

Lo dijo con una sonrisa estúpida y pura. Su "no" fue una flecha inocente lanzada al aire y estabas en pleno vuelo. No podrías aterrizar en los aeropuertos de su sexo. Ella no había despegado. Te dejó solo en el cosmos. No negó su sexo. Negó algo más hermoso. Negó todos los días. Las otras veces. Los picos anteriores.

No la tenías para lamerle los pies, para besarla toda. Te quedaste inmóvil, aferrado a tus piernas. Empezaste a lamerte las rodillas. A quererte como un adolescente que oculta su cara entre las rodillas, un adolescente que se enfrenta a su primera soledad. Te perdiste en la montaña más alta. Un mal pico. Sabías la consigna: hay que amarse. Para sobrevivir, hay que amarse. Te besaste las rodillas. Te besaste los hombros. Buscabas un antídoto para la distancia. Te habías ido lejísimo sin ella. No la tenías para lamerle de los pies, para besada toda.

MARC Y EL POLICIA

-Cualquier expresión de afecto será bien recibida, oficial, aunque venga de usted.

-¿Que le pasa esta noche?

. -Llueve, oficial, llueve.

-¿Qué hace acá?

-Estoy esperando el futuro, oficial, ¿usted no lo vio por esta zona?, ¿no sabe si ya pasó?

-No se haga el delirante y respóndame ¿qué está haciendo acá?

-¿Qué le parece si declaramos de una vez por todas que nadie es inocente y me deja de joder, oficial? Dígales a sus hombres que no me persigan. Explíqueles que no hace falta porque voy a destruirme solo.

-Marc, la vida no es una película.

-Si la vida fuese una película, oficial, ya me habría retirado del cine hace mucho tiempo.

SEGUNDA PARTE

"Resulta tragicómico que nuestra buena educación se convierta en aliada de la policía. No sabemos mentir. El imperativo "¡di la verdad!" que nos inculcaron mamá y papá actúa hasta tal punto de forma automática que incluso ante el policía que nos interroga nos da vergüenza mentir. Es más fácil para nosotros discutir con él, insultarlo (lo cual no tiene sentido alguno) que mentir descaradamente (que es lo único lógico que podemos hacer)."

Milan Kundera

MARC Y EL POLICIA

-Ayer me dijo que estaba cansado de pasar solo todas las noches y que le gustaría enamorarse, y hoy me dice lo contrario.

-Ayer llovía, oficial.

-¿Y eso qué tiene que ver?

-:-Que siempre que llueve sueño con el amor.

-¿Y cuándo pasa la lluvia se despierta?

-Automáticamente, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

EL MAR

I

El simpático joven hace dedo al costado de la carretera. Se dirige hacia el mar. Va, por primera vez en su vida, a ver el mar.

El pulgar separado y los otros dedos escondidos en la palma imprimen una sombra de pájaro en el pavimento. Un Peugeot azul se detiene. El simpático joven sube al auto. Saluda alegremente al conductor. El otro apenas gesticula algo parecido a una sonrisa y aumenta la velocidad del vehículo.

-Voy a... -dice el simpático joven.

-Vas a morir, chico, a menos que te portes bien -interrumpe el hombre y la velocidad llega a la frontera del peligro.

-¡¿Qué hace?! -se sobresalta el simpático joven.

-Voy a estrellarme contra un puente y elegiste venir conmigo.

-No, no. Yo voy al mar.

La película de la ruta con sus rebaños, árboles y posters pasa vertiginosamente por las ventanillas.

-Entonces puede haber una solución -dice el conductor del Peugeot. Desabrocha la bragueta de su pantalón manteniendo el acelerador a fondo. Extrae su viejo sexo. Lo toma de la nuca al joven y lo hunde ahí.

II

El simpático joven no quiere morir. No en ese momento. No de esa manera. No sin ver el mar. Se ahoga en la entrepierna del conductor y llena su boca de esa carne. La velocidad va disminuyendo. Las sensaciones se reacomodan. Se colocan en los confines de lo repulsivo, donde se tocan el rechazo y la atracción.

MARC Y EL POLICIA

-Yo sé lo que usted necesita.

-Dígame, por favor, oficial, no me prolongue la agonía.

-Apoyo psicológico.

-¿Y la policía está capacitada para darme eso?

-Somos un cuerpo actualizado, más de lo que su rebeldía le permite ver. En la escuela de policía estudiamos el inconsciente.

-Para saber donde queda y apuntarle mejor,

-El apoyo psicológico exige que usted colabore.

-De acuerdo, oficial.

-Esto se llama actuación libre o algo así, el nombre no tiene importancia. Yo le digo una palabra y usted dice la primera que le viene a la mente. Sin pensar. Lo primero que le salga. Empecemos.

-¿Puedo fumar un porro antes?

-¿Usted está loco?

-Claro, por eso me esta dando apoyo psicológico, ¿me deja fumar un porro o no?

-No,

-Usted se lo pierde, oficial.

-¿Me pierdo qué?

-Con un porro me saldrían cosas más divertidas.

-Basta de idioteces y empecemos. Recuerde, diga la primera palabra que se le ocurra.

-Porro.

-No, todavía no he dicho ninguna palabra,

Le voy a dar un ejemplo: si yo digo "familia", usted dice "alegría", ¿entendió?

-Yo jamás hubiera dicho eso.

-Era sólo un ejemplo. Empecemos: "mujer".

-Jeringa.

-Montaña.

-Pico.

-Inteligencia.

-Cocaína.

- Árbol.
- Canabis.
- Felicidad.
- Heroína.
- Basta.
- Esa palabra no me inspira nada.
- Dije que basta, que ya está bien.
- ¿Y ese es todo el apoyo psicológico que da la policía? ... Al principio estaba más entusiasmado, oficial.
- Es que usted no colabora.
- Yo le avisé que si me dejaba fumar un porro el resultado iba a ser más alentador.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

LA REINA BLANCA

Está con ellos en el bar, pero también está en el paraíso. Es la reina. No habla de la droga a cada instante como hacen los otros. Tiene el tabique de platino. Cuando era una adolescente halaba cinco grumos de cocaína por día. Se le perforó la nariz. Le colocaron un tabique de platino. Eso le dio fama.,. Eso la situó más alto, El tabique de platino. En el mundo legal el héroe es el más saludable. Del otro lado de la valla el trofeo es para el más destruido. Tabique de platino. Ella es la reina blanca.

MARC Y EL POLICIA

- ¿Con qué se dio hoy?
- ¿Por qué supone que me di con algo, oficial?
- Porque se lo ve demasiado feliz.
- ¿Para usted la felicidad siempre es sospechosa?
- Efectivamente.
- Lo peor de todo es que tiene razón. ¿Y qué va a hacer si demuestra que estoy drogado?
- Voy a mandarlo a la cárcel.
- ¿No se le ocurre algo más creativo que mandarme preso?
- ¿Algo como qué?
- No sé. Pero use su imaginación, oficial, porque aquí en la calle estamos muy solos. Usted dice que quiere ayudarme, pero me parece que estudió la letra, pero nunca aprendió la canción.
- Usted está cada día más loco, Marc.
- La sicóloga del departamento de toxicomanía no coincide con ese diagnóstico, oficial, ella dice que el problema conmigo es que soy un hipertenso.
- El problema con usted es que es un hipertonto. Le voy a hacer pasar otra noche en el calabozo de una comisaría.

-Me encantaría, oficial, pero tengo una cita en un lugar bastante menos trascendente, pero considerablemente más divertido que un calabozo.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

La mujer deja caer deliberadamente un objeto que se estrella contra el suelo. Sonríe. Hasta ayer, su casa era un santuario, una prisión. Para moverse en ella, la mujer le pedía permiso a los objetos. Pedía disculpas por vivir. Ignoraba que podía ser libre. Nadie se lo había dicho nunca.

Ahora un hombre se lo ha enseñado. Le ha mostrado la despiadada alegría de la libertad. Arranca una cortina y se la ajusta alrededor de su cintura. Recorta la foto de un desnudo y la pega sobre una naturaleza muerta.

Le ha sido revelada su libertad y por eso nada desea más en el mundo que entregarse al hombre que la liberó. Ser su esclava.

MARC Y EL POLICIA

-¿Qué hace en un sitio como éste?

-Se lo digo oficial, sólo si me asegura que no va a dispararme una bala en el pecho.

-¿Está loco usted?

-Y tan.

-¿Por qué habría de dispararle?

-No intente embaucarme, oficial, conozco los sucios trucos de la policía. Sé que me matará. Dejará mi cuerpo tendido en el suelo. Le va a ordenar a sus hombres que me pongan una 45 en la mano. Y cuando llegue la prensa dirá que yo estaba armado y que disparé primero una bala que nunca aparecerá por ningún lado. Y los fotógrafos tomarán fotos ensangrentadas de lo que haya quedado en mi...

-Deje de decir tonterías.

-Voy a intentarlo.

-Responda qué está haciendo en un bar de homosexuales.

-Digamos que me anoto en todas, oficial.

-¿Y qué vino a buscar en un sitio como éste?

-Amor, oficial, vine a buscar amor.

-Deje de hacerse el idiota.

-Está bien, yo dejo de hacerme el idiota si usted deja de hacerse el duro, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, ¿qué vino a hacer acá?

-No, oficial, así no. Haga el esfuerzo de tratarme dulcemente si quiere obtener algún dato de mí. Dígame "Qué tal, Marc. Sucia rata, ¿cómo va todo?"...

-¿Qué tal, Marc, Sucia rata, como va todo?

-Estupendamente, oficial, ¿qué lo trae por acá?

-Ando detrás un traficante de cocaína.

-Se ha equivocado de sitio, oficial, créame, hace rato que estoy aquí y no he visto pasar ningún dealer. Le pasaron mal la información.
-Sin embargo, algo me dice que ya di con el individuo que busco.
-¿Dónde está?
-Frente a mí.
-Aquí no hay nadie más que yo, oficial.
-Eso es lo que parece.
-¿Debo pensar que sospecha de mí?
-Para nada, Marc, no se trata de una sospecha.
-Sé que es una lástima interrumpir esta amable charla, oficial, pero acabo de recordar que hice una cita en otra parte a esta hora, hasta la próxima.
-¿A donde va?
-Si me tuerce un milímetro más el brazo le voy a hacer un juicio por apremios ilegales, oficial.
-Cállese.
-Déjeme ir.
-Cállese.
-Quisiera continuar conservando todas las partes de mi cuerpo unidas. Podría soltar mi brazo, oficial.
-¿Si lo suelto deja de decir pavadas?
-Le prometo que voy a hacer todo lo posible.
-Cállese.
-Gracias, oficial, saludos al jefe de toxicomanía.
-No salga por ahí, si atraviesa esa puerta mis hombres lo van a detener... Salga por atrás. Rápido, desaparezca.
-¿No me estará tendiendo una trampa, oficial?
-No la necesita.
-¿Entonces por qué hace esto, oficial?
-Salga rápido.
-¿Vio, oficial?, conocerme es amarme.
-Desaparezca.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

NO ME DEJES

Otoño. Que sea otoño. Que sea otoño y que llueva. Mucho. Que haya leños ardiendo en un brasero. Y un gato. Que haya un gato y que sea negro y que mire de amarillo y que se enrosque y que nos enseñe un poco a vivir. Pero por sobre todas las cosas que sea otoño. Que le falte un vidrio a la ventana. Que entren por ese hueco la lluvia y el frío. Que tengas ganas de besarme. Muchas ganas. Que un hombre te espere en otra parte. Que sea otra vez otoño. Otoño y Que llueva. Y que no vayas. Que te quedes conmigo. Que sea otoño otra vez y que te quedes.

MARC Y EL POLICIA

- ¿Por qué busca la muerte?
- Porque no encuentro ningún sitio mejor a donde ir.
- ¿Pero usted no tiene ningún ideal?
- No, porque los ideales terminan por defraudarme.
- No siempre es así, hay muchos ideales que se alcanzan.
- Esos son los que me defraudan.
- ¿Qué tengo que hacer con usted?
- No sé, ¿qué tal un tiro en la cabeza?
- No me tienta.
- ¿Ya se cargó a alguno o todavía no ha matado a nadie?, cuénteme, oficial, no sea tan modesto.
- ¿No puede olvidar por una vez que soy un policía?
- Ninguna sucia rata que se precie de tal, puede olvidar semejante dato.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Los esqueletos bailan y no saben por qué ni les importa. Es lo único que saben hacer, por eso bailan aunque no sepan por qué. Bailan como epilépticos sin hacer caso de las críticas de estilo. Porque cuando los esqueletos bailan, bailan.

Bailan y no les importa no tener cabellos ni esperanzas y sí un alma muy herida. Sólo cuando bailan olvidan. Y siempre que los dejan bailan. Para los esqueletos son enemigos peligrosos la emoción y el entusiasmo. Cuando se entusiasman o emocionan pierden el paso y se enrollan en un delirio de huesos que se desparraman. La música cesa de repente y de ellos queda sólo una montaña de polvo sepia. Es una imagen terriblemente triste.

Bailar porque sí, no saberlo nunca y ser condenados por exceso de emoción o entusiasmo es algo que da mucha pena.

Los esqueletos bailan sin saber por qué y mueren sin darse cuenta.

MARC Y EL POLICIA

- Muéstreme los brazos... Se picó otra vez. ¿Por qué lo hace?, ¿Qué siente de particular?
- Probablemente lo mismo que siente el religioso que toma la hostia convencido de haberse metido a Dios en la sangre o lo que siente un policía cuando descarga sus balas justicieras en la espalda del delincuente. Hay poca variedad en las sensaciones humanas, oficial, sólo son diferentes los motivos que las provocan.
- Usted no tiene idea del veneno que está metiendo en su cuerpo.
- No y no tengo intenciones de salir de mi ignorancia.
- Pero usted debería. saber que la heroína, como derivado de la morfina tiene un alto porcentaje de...
- Oficial, a mí me interesa la felicidad, no su composición química.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

CARAVANA DE TRAVESTIS

I

Son reinas sin palacios ni limusinas, no tienen más oro que el borde de la copa históricamente estrellada contra un espejo ni más coraje que algunos infantiles resentimientos. Son reinas sin palacios, ni cortes, ni damas de campo, ni lacayos. La historia no grabará sus nombres en la corteza de los árboles genealógicos. Son reinas ungidas por un genio perverso. Se tienden sobre la playa de una piel desconocida como si descansaran en los fastuosos salones de una Cleopatra engendrada en la promiscuidad de un laboratorio. Ellas mismas pintan sus blasones, tejen sus tapices, erigen en un miserable cuarto su cámara real, distribuyen títulos nobiliarios entre los pasajeros que agitan sus sábanas en noches de olvidable lujuria, arman su corte con los amantes más sumisos y organizan un alucinado ejército con las vergas más enérgicas. Sólo cuando están tristes sueñan con el amor de los pastores y sólo cuando envejecen pierden algo de su desequilibrada dignidad.

II

Como sombras fugitivas de un aquelarre, como marquesas adúlteras, como enanas malditas de un circo en llamas, como monjas sobrevivientes de una catedral sumergida, como señoras agobiadas por el peso de las esmeraldas, como locas fugadas de la más sórdida dimensión, como niñas precoces en la esgrima del aburrimento salen voluptuosamente por la noche las reinas.

III

De sus sótanos envenenados de humedad, de sus casas maternas rompiendo la vulgaridad con sus rarezas, de sus cuarto piso sin ascensor, del apartamento compartido con sus mejores enemigas, de sus áticos ferozmente decorados, del hogar de una abuela que prefiere no ver ni enterarse, salen sigilosamente por la noche las reinas.

IV

Con sus boquitas pintadas, con un leve temblor en las uñas, con los pantalones amoldados en la exacta redondez de sus culos, con los ojos sutilmente irritados presagiando la proximidad de la lujuria, con los poros listos para la recepción de las caricias más esquivas, con el radar del insomnio alerta para la aventura, salen turísticamente por la noche las reinas.

V

Enrarecidas, ensortijadas, enloquecidas, enmarañadas. emperifolladas, enserpenteadas, ilusionadas, esperanzadas, acicaladas, endiosadas, agatunadas, aureoleadas, irisdiscentes, espléndidas, hechizadas, patrióticas, clandestinas, seductoras, salen sofisticadamente por la noche las reinas.

VI

Desvencijadas, desmelenadas, desarrapadas, destartaladas, descuajeringadas, descajetadas, desvirtuadas, destempladas, desaliñadas, despelotadas, desinfladas, desheredadas, descariñadas, desalentadas, despintadas, desequilibradas, desmanteladas, desencajadas, despatarradas, desparramadas, desamparadas, descalificadas, regresan por la madrugada las reinas a sus casas.

VII

En la alta noche, en las calles oscuras, en los baños públicos, entre la fronda de los parques, en los terrenos baldíos, en las atarazanas desiertas, en los bares del insomnio, erigen sus palacios las reinas.

VIII

Cuando las reinas están solas, se parecen a los gatos, bostezan maullidos. Sus lenguas que sólo desean un único salado sabor enloquecen dentro de sus bocas como ratas en un tambor de cobre caliente. Detrás de sus párpados desfilan cuerpos desnudos que huyeron como peces en la última agitación del orgasmo. Cuando las reinas están solas se extravían en el recuerdo de los hombres que jugaron a no estar. Cuando las reinas están solas, subordinadas a la voluptuosidad y a la pereza, se revuelcan en sus sábanas como náufragos en un manantial de leche seminífera. Cuando las reinas están solas, sueñan maravillas eróticas, siempre superiores a ese no sé qué de mediocre que encuentran en la realidad. Cuando las reinas están solas, se arrojan a los brazos del autoengaño piadoso o se dejan seducir por la tentación del suicidio. Cuando las reinas están solas, tienden un puente desde sus desamparos hasta la entrepierna de un hombre culpable de inocencia, un hombre que no sabe nada ni quiere saber nada acerca de la soledad de las reinas.

IX

Las reinas se lanzan al amor, como hacia los tobillos del verdugo, clausuran la compuerta del azar y se visten de esperanza como quien se pone un traje de amianto. Saben irremediamente con la sabiduría de las reinas que el amor arde o dura. No obstante, lo atrapan con la habilidad y la paciencia de las arañas. Tapizan al amor con sofisticadas fantasías y se aferran al descontrol como si fuera un madero. Pero aman. Las reinas aman. Y regalan los territorios de sus inexistentes reinos como si fueran indulgencias a la pobre realidad de sus amantes. Sus piernas son tijeras sin filo que aprisionan la verga

ennegrecida del amor. Abren sus bocas como ballenas arponadas. Las reinas saben que el acelerador de la vida, el tubo de oxígeno, el surtidor de energía, fue construido en medio del cuerpo amado. Como monjas revolucionarias se apoderan de esa fortaleza y offician el ascenso y el descenso de los culos. No ignoran las reinas que en realidad hacer el amor es deshacerlo, convertirlo en factible, condenarlo a los gestos de un agitado suceso, reducirlo a su mínima expresión. Pero las reinas aman y no les importa el delirio que despeina sus modales, porque cuando las reinas aman hasta se olvidan de que son reinas y por eso aman.

X

Nadie pensarla que están oligofrénicamente solas, que acarician fetiches, que juegan a la muerte, que escuchan sus carcajadas, que se sienten perseguidas por el cobrador de sus antiguos e impagables placeres. Nadie diría que están tristes y lloran. Ellas que sobornan con plumas al porvenir y restauran con cosméticos todos los desgarramientos.

Nadie llegaría tan lejos como para descubrir que si no fueran reinas morirían de orfandad. A nadie se le ocurriría pensar que viven monstruosamente desamparadas, perdidas como los niños de los cuentos. En su empecinada actuación de reinas nadie las oyó nunca derribar la frivolidad de sus palacios con un grito y nadie atestigua el terrible llamado a una madre que detrás de la soberbia efectúan de rodillas.

XI

(las reinas ambiguas)

Algunas sólo fueron reinas durante las noches. Algunas jugaron a canjear corbatas con el sol y purpurinas con la luna. Intercambiaron montes de venus con pechos viriles como niñas indecisas entre besar a la muñeca o besar al primo. Algunas sólo fueron reinas que llenas de miedo se alzaron en un tembladeral de eyaculaciones tímidas y precoces. Movieron sus culos al compás de vergas subversivas y lenguas descontroladas. Algunas sólo fueron reinas fuera del horario de los bancos, como eunucos disfrazados de falsos jueces sin poder dormir del lado de la calma porque en sus habitaciones nupciales hubo siempre un filo de culpa que presagió la delación, el rechazo o el abandono. Algunas para ser reinas vivieron descuartizadas con un ojo en el deber y otro en el exilio. Reinaron sólo en tierras minadas. Calentaron sus manos en la hornalla de la sospecha. Fueron reinas ambiguas, su debilidad no fue otra que el no poder ser reinas a la luz del día. Con ingenuidad levantaron un largo muro para protegerse de las injurias y de ese muro surgió un ojo que las vigila.

XII

Las últimas reinas partieron de madrugada como hechiceras perseguidas por la inquisición del progreso. Un bolero amargo acompañó sus taconeos. Con la inconfundible mirada de Quienes se saben rechazadas, partieron las últimas reinas. Como patéticas muñecas se alejaron cargando el pesado equipaje de la derrota. Como dinosaurios antediluvianos

desaparecieron en la triste línea del horizonte. Ahuyentadas por escandalosas palabras, gay liberation, les gritaron gay liberation. Con delicadísima compostura ellas asumieron el fin de su tiempo de castañuelas.

Con pelucas rubias maltratadas por la prisa nadie las salvó del huracán de los arios, ningún marinero les tendió una mano en su naufragio. Su extinguida raza quedará plasmada en los archivos de un siquiatra estudioso de las antiguas formas de la homosexualidad.

Partieron aturdidas por la alta fidelidad del sonido electrónico, espantadas por los látigos del tecno-amor, apenadas por la irremediable desaparición de sus ídolos, partieron perdonándose todas sus boas de plumas.

XIII

(epitafio)

Ellas no están. Se ha cortado el lazo que las retenía majestuosamente y se dispersaron como ciempiesas borrachas. Saltaron en paracaídas sobre los jardines de un hospital para ruseñores heridos. Ya no están. Abandonaron para siempre esas miserables habitaciones que fueron macumbas para el culto a la Piaf, la Callas, la Sara Montiel, la Greta Garbo, la Marilyn Monroe, la Marlene. Si veían el mundo a través de una fiesta era sólo para defenderse de las púas del traje de la humanidad. Acumulaban con soberana paciencia culpas y castigos. Soñaban con el regreso a un pueblo de accidentadas infancias envueltas en pieles. Eran vanidosas y detestaban la miseria.

Los días de lluvia soñaban infaliblemente con el amor y creían que bastaba tener sed para ver brotar las aguas del cariño. Ahora se esforzarán en ser sublimes probándose encajes antiguos. Ahora donde quiera que estén habrán alterado la calma. Tal vez se vuelvan escandalosamente dichosas y alumbren las tinieblas con sus joyas y bailen enloquecidas con la música del viento y entonen la canción del delirio y organicen un desfile provocando con sus carcajadas un estallido en el espacio para que todo el universo repare en ellas y tal vez entonces, sólo entonces, ejecuten un saludo final.

XIV

(inventario de los bienes que dejaron las reinas al marcharse)

Un espejo enmarcado con desechos de recuerdos, el vano gesto de acariciar a un gato dormido, alguna sofisticada lámpara apoyada sobre un mármol quebrado. Un tapiz donde se encuentran milagrosamente los egipcios con los aztecas, la sumisión incondicional a la efebocracia. Lentejuelas que unen dragones sobre la roja tela de un kimono. Abanicos, claveles. La retórica de la agresión, la temida violencia del rouge, la ironía, una manera de gastar las horas como si fueron descoloridas fichas de un juego sin sentido, las alas de una mariposa azul detrás de un óvalo de vidrio. La afiebrada dedicación al mecenazgo de fieras vagabundas, cierto modo de sonreír y la mirada inconfundible del deseo.

MARC Y EL POLICIA

-Oficial.

-¿Qué le pasa?

-Necesito apoyo psicológico.

-Antes lo rechazó.

-Pero hoy llueve, oficial. Hágame ese juego de las preguntas.

-No era un juego.

-¿Tampoco eso?, entonces yo nunca he jugado en toda mi vida.

-Algunos juegos haría cuando era chico, ¿o no?

-A veces metía cucarachas en las cubeteras y las ponía en el congelador. Después vaciaba los cubitos en una cubetera de mesa.

-¿Y en qué consistía la diversión?

-En el efecto que provocaban en los invitados de mi madre. Aunque lo que más me alucinaba era cuando se derretían los cubitos y se marchaban como si nada. Sin rencor siquiera.

-¿Ya algo más normal no jugaba?

-No. Los juegos los hacía dentro de mi cabeza.

-¿Ya qué jugaba... en su cabeza?

-A probar la fuerza del deseo. A desear algo con mucha fuerza para que sucediera. Pero nunca sucedió nada, porque el deseo no tiene ningún poder.

-¿Y qué cosas deseaba?

-El deseo que más me surgía era que se murieran mis padres. Soñaba con ser huérfano. Veía mi casa envuelta en llamas, reducida a polvo, y el camión de los bomberos, y los vecinos amontonados, y mi llegada doblando la esquina, y las miradas y las mentes de todos clavadas en mí, un protagonista absoluto. El juego duraba desde la salida de la escuela hasta la llegada a la esquina de mi casa. Terminaba justo al doblar y ver la calle y la casa en el mismo aburrido estado en siempre. Ser huérfano fue un privilegio que mis padres me negaron. Nunca les perdonó del todo que no se hubieran muerto en la flor de mi infancia.

-Usted es una causa perdida.

-Entiendo que no me auspicio la locura, oficial, pero no veo por qué tiene que tirarme abajo la autoestima. Y en un día de lluvia.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Va a la iglesia todos los sábados a las seis de la tarde. Se confiesa y luego, a falta de una imagen más dichosa de su dios, se pone de rodillas ante ese cadáver semidesnudo que cuelga del techo.

Lo mira fijamente.

Al cabo de unos instantes ve que esa cara triste sonrío y le guiña un ojo. Entonces la prostituta se pone de pie. Hace una extrañísima señal de la cruz y se marcha hacia su trabajo.

Sábado tras sábado.

Entra en la iglesia. Se dirige al confesionario. Le dice al sacerdote que se acostó con un hombre. Que le resultó absolutamente imposible resistir la tentación de sentir del sexo del hombre entre sus piernas derramándole calor. Se explaya en los detalles. Sí, padre, precisamente porque fue demasiado bueno es que es tan grande el arrepentimiento. Se dirige hacia el altar, lo mira a dios, espera la guiñada y sale rumbo al trabajo.

Entra en la iglesia. Se arrodilla ante el confesionario, Le cuenta al sacerdote que se acostó con ese hombre otra vez. Y con un amigo de él. Sí, al mismo tiempo. Que no. Que no la obligaron, pero que la indujeron, Da todos los detalles que puede hasta que la voz del cura la interrumpe. Y claro que está arrepentida. Lo mira a dios en el altar hasta que éste le guiña el ojo y parte hacia su trabajo.

Entra en la iglesia. De rodillas ante el confesionario le describe al sacerdote su experiencia más excitante de la semana. Sí, con ese hombre y con el amigo. Y con dos chicas más. Sí, todos juntos, si no que gracia. No, cama no había. Sobre una alfombra enorme. Que sí, que lo bueno era la cantidad. Y la variedad. Que su arrepentimiento es tan grande como la satisfacción con que se fue a dormir esa noche. Luego el guiño de dios, la señal de la cruz y el trabajo.

Al costado de la ruta sus compañeras le preguntaban a qué va a la iglesia todos los sábados. Ella, les dice que va a contarle sus pecados al cura.

Las prostitutas le preguntan por qué lo hace. Y ella les responde:

-Para que el cura se entere de una vez por todas de qué va la vida, y sepa lo que se está perdiendo.

Luego, la prostituta vil, ruin y descarada, alza la vista al cielo y le guiña un ojo a dios.

MARC Y EL POLICIA

-¿Qué está haciendo en esta cueva de prostitutas?

-Eso tendría que preguntárselo yo a usted, oficial.

-¿Sabe que tengo que llevarlo detenido?

-No, no lo sé.

-No se haga el gracioso, ¿tiene drogas?

-Nunca hay que cometer dos delitos al mismo tiempo. "De una figura delictiva se puede zafar, pero si se está encuadrado en dos, el caso es insalvable".

-¿Dónde aprendió eso?

-Me lo enseñaron los compañeros que tuve en el calabozo en el que usted me hizo encerrar.

-Ahora lo voy a encerrar de nuevo para que complete sus lecciones y se convierta en el delincuente perfecto.

-No se preocupe por mi educación, oficial, prefiero seguir de autodidacta.

-¿Qué vino a hacer en un lugar como éste?

-Qué poca imaginación, oficial

-Responda a mi pregunta.

-Vine a buscar a dos amigas que trabajan aquí.

- ¿Cómo se llaman sus amigas?
- Solange Latour y Madame Pompón.
- No me interesan sus nombres de batalla. Dígame cómo se llaman para la ley.
- ¿Usted es a prueba de escándalo, oficial?
- ¿Cómo se llaman?
- Ramón García y David Klijman.
- ¿Por qué no tiene amigos más decentes?
- Porque soy un inadaptable social
- ¿Nunca conoció jóvenes más normales?
- Por supuesto, conozco abogados, sicólogos, periodistas, asistentes sociales y policías.
- ¿Y entonces por qué se mezcla con estos tipos?
- Entre nosotros, oficial, porque me caen mejor los delincuentes.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Las prostitutas toxicómanas son solidarias. No hacen daño a nadie pero son expulsadas del mundo civilizado. Las prostitutas toxicómanas son las únicas reservas de amor que le quedan a la humanidad.

La humanidad las expulsa, y en ellas expulsa al amor. Hipócrita, erotofóbica y despiadada, la humanidad las expulsa.

Las prostitutas toxicómanas son solidarias. Le dan amor al ciego, al que no tiene dientes, al deforme, al calvo libidinoso, al tarado mental, al obrero hastiado. Reciben unas monedas a cambio, es verdad. Pero las mujeres respetables cobran aún más caro y son incapaces de dar amor a quien le falta una pierna, un ojo o la inteligencia.

Las prostitutas toxicómanas son solidarias. Aman por la paga, pero aman. Las prostitutas toxicómanas son buenas en su trabajo y no entienden por qué las expulsan del mundo civilizado.

MARC Y EL POLICIA

- Oficial, ¿otra vez siguiéndome los pasos?
- Sólo pasaba por aquí.
- ¿Por la puerta de mi casa?, oficial, no me alimente la paranoia porque no voy a exigir que la policía pague la boleta de mi siquiatra.
- ¿Usted tiene un siquiatra?
- Era una broma, oficial, a mí no me siquiatrizaron nunca.
- Sin embargo le vendría bien un poco de psicoanálisis.
- Eso es para los locos jodidos, oficial, yo no jodo a nadie.
- Usted perturba nuestra comunidad.
- No, oficial, yo hago la mía, ustedes se perturban solos. Yo no ando persiguiendo a nadie. Es usted el que vino a la puerta de mi casa.
- Sepa que yo represento a la ley.

-Sí, y el cura a dios y el psicoanalista al inconsciente. Todos son representantes de algún producto de la imaginación. Corte esa historia, usted es un hombre que se está metiendo en la vida de otro hombre, que soy yo. No lo invito a tomar café porque tiene cafeína.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

EL HOMBRE DEL PEUGEOT

Conduce encorvado hacia adelante. Piensa en sí mismo. La tarde va oscureciéndose sobre la carretera. Él sabe que no eligió ser quien es. Se probó los trajes del santo, del responsable, del que jamás haría una locura. Se casó. Se divorció. Conversa con su ex-esposa sobre política. Pero él no eligió ser quien es. Y ya no da más. Siente que ya no da más de comportarse como un sobrio homosexual. Fingió para conducirse sin tropiezos. Ahora descubre que quiere sentirse mujer. Ser mujer. Se endereza ante el volante. Suspira con afectación. Ensayo. Cambia sus gestos. Se desviriliza, como si su conducta anterior no hubiera sido más que un forzado uniforme. Quiere vestirse de mujer. Ser mujer. Tenderse al costado de la ruta como una mujer tendida al costado de la ruta. Abrirse de piernas y ofrecer el culo como una mujer que se abre de piernas y ofrece el culo. Pintarse los ojos y los labios. Ponerse pelucas. Caminar contoneándose por ciertas calles. Parece un deseo imposible, ahí, desde el Peugeot, mirando al sol que da por terminado su trabajo. Un extraño y peligroso deseo. Pero sabe que si lo reprime llegará a obsesionarlo. Vestirse de mujer. Ser débil. Poder ser débil. Acurrucarse en el pecho de un hombre. Ser débil y feliz. Se ve con su panza y su calva metido en ropas de mujer. Le parece lastimoso. Le parece divertido. Se trata de una estúpida ocurrencia. De la ocurrencia a la obsesión hay un solo paso, y ya lo ha dado. El paso siguiente conduce a la entrega. Acabará por darlo. Lo sabe. Recuerda que cuando se confesó su homosexualidad quiso suicidarse. Lo mismo quiere ahora. Aquella vez no se suicidó y luego tuvo momentos de felicidad o de una copia bastante parecida al original. Recuerda que también quiso suicidarse cuando lo único que podía salvarlo de la ruina era una estafa. Después no resultó tan insoportable el haber estafado. Esta vez es algo más revolucionario, más difícil de afrontar. ¿O siempre le pareció la más difícil cada decisión en su momento? Sea como fuere, no está tan seguro de que esta decisión tenga consecuencias relativamente favorables como ocurrió con las anteriores.

Afeitarse las piernas, perfumarse los pechos. Caminar como una mujer. Fumar como una mujer. Sentirse mujer. Quiere probarlo. Sonríe. Piensa que su ex-esposa lo encontrará encantador, encantadora. Seguirán conversando sobre política o tal vez sobre tópicos más femeninos. Enciende los faros del Peugeot. Suspira. Abre la guantera. Saca un papel metálico con un pequeño objeto de plata, aspira cocaína. Recuerda que antes de enterarla a su ex-esposa acerca de su adicción se hizo un nudo de cuestiones, que con el tiempo le resultaron ridículas e ingenuas. Se quita los zapatos. Conduce descalzo. Enciende un cigarrillo, lo toma con la punta de los dedos. Sintoniza la radio en una canción idiota. Se pasa la mano por la nuca. Rota los hombros para relajarse. Suspira. Aprieta el acelerador y

recuesta la cabeza sobre el respaldo. La noche y la luna tiñen de azul la carretera. Ya es una mujer.

MARC Y EL POLICIA

-¿ Cómo se encuentra hoy?

-Triste, muy triste, oficial. Cualquier expresión de afecto será bien recibida.

-Otra vez está drogado.

-Drogado no, oficial, triste, dije triste, con el corazón hecho pelota.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

En la oscuridad las palabras golpean contra las paredes. No me dejes. Retumba en el ciclo helado su voz diciendo no me dejes.

Caen pesados, heridos de muerte de amor, los sonidos de las palabras en una profundidad sin oídos. Un perderse para siempre en el vacío. Un herirse la piel con el filo de la luna. Un golpearse contra la indiferencia. Una explosión de venas, huesos y células en algún rincón del pecho. El dolor impulsando una reacción en cadena. El dolor multiplicando una figura mutilada en infinitos espejos. No. Me. Dejes. Un apagarse todas las estrellas de dos en dos de diez en diez de mil en mil. No me dejes no me dejes no me dejes.

MARC Y EL POLICIA

-Buenos días, Marc.

-Buenos día, oficial, pero llámeme "Marc La Sucia Rata".

-¿Por qué le gusta tanto que lo llamen de esa manera?

-Porque Marc puede llamarse cualquiera, pero Marc La Sucia Rata hay uno solo: yo.

-De acuerdo, sucia rata, ¿qué tal su cerveza?

-Químicamente activa, oficial.

-Lindo atardecer, ¿verdad?

-Sí, oficial.

-Un atardecer de primavera, ¿no es cierto?

-Así parece, oficial.

-Hasta hay un perfume especial en el aire, ¿no es así?

-Le advierto, oficial, que si después de las margaritas y los ruiseñores, va a venir un "qué hago en este parque y si me estoy drogando", no voy a responderle. Así que si está en onda pesada lléveme preso ya mismo y ahorremos tiempo.

-¿No se da cuenta Marc Sucia Rata que si continúa drogándose tanto va a morir muy joven?

-No tengo intenciones de ganar ningún campeonato de longevidad, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

¿Cómo junto todos los pedazos? No me dejes. Tenés que quedarte conmigo porque solo vos sabes si creo en algo a veces. Tenés que quedarte para decirme si está bien o si está mal o si no es asunto mío. Tenés que quedarte para decirme quién soy, para que no lo olvide, para que no me lleve un rayo hacia el centro de la tierra. No podes irte porque sólo vos sabes si quiero seguir viviendo. No me dejes.

Aunque todo sea incierto pedime que salte (yo cambio la música por oír tu voz), pedime que salte en la oscuridad pero no me dejes.

No me dejes.

TERCERA PARTE

“Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.”

El evangelio según San...

MARC Y EL POLICIA

-¿Cómo se encuentra hoy?

-Socialmente muerto.

-Tiene un aspecto lamentable. Véase en un espejo, mire sus ojeras...

-No me lo recuerde, oficial, hasta mi propia cara me delata.

-¿Para qué se droga?

-Para huir de la realidad y llevar una vida imaginaria hasta acabar en este estado de marginación, caos y desorden mental en el que me encuentro más feliz, mucho más feliz, ¿no le parece una buena razón para drogarme?

-No, no me lo parece. Usted debería pensar en sus padres, en el dolor que deben sentir al ver que su hijo no es el que habían soñado.

-Por eso no se preocupe, oficial, ellos tampoco son los padres que yo hubiera soñado.

-¿Pero usted no tiene ningún respeto por la familia?

-La familia es una convención de la cultura, oficial.

-No hable de ese modo, Marc, piense dónde va a estar mejor que en la casa de sus padres.

-En cualquier lado.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Yo sabía que había un tigre debajo de la cama, un orangután en el armario y una araña gigante dentro de un zapato.

Te amaba tanto que para que durmieras tranquila me levantaba por las noches y les daba de comer al tigre, al orangután y a la araña.

Como no me amabas te resultó fácil creerme loco y no quisiste más vivir conmigo. Me obligaste a tomar un tren.

Casi todos los pasajeros descansan con los ojos cerrados. Yo no. No puedo relajarme. Miro la luna por la ventanilla y pienso que estás dormida y que no sabes que hay un tigre debajo de la cama, un orangután en el armario y una araña gigante dentro de un zapato.

MARC Y EL POLICIA

-Qué sorpresa, oficial, usted en la puerta de mi casa. Ya sé. No me diga nada. Vino a detener al portero. Déjelo libre. Es mala gente, pero la cárcel me parece terrible hasta para un portero hijodeputa como éste.

-¿Hacia dónde se dirige a esta hora?

- Voy a misa.

-A las tres de la mañana no hay misa.

-Le aseguro que sí, oficial.

-¿Qué quiere decir para usted "ir a misa"?

-Con "ir a misa" quiero decir que a dónde voy y qué voy hacer son asuntos míos. ¿No pretenderá que le informe a la policía cada uno de mis movimientos, oficial?

-¿Adónde va?

-No se distraiga por mí, oficial, siga su camino como si yo no existiera.

-No se haga el gracioso y responda lo que le pregunté. O lo llevo preso.

-Es la misma historia de siempre: un pobre inocente en la cárcel y los verdaderos culpables siguen sueltos.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

EL DESALIENTO

-poster-

No eres ni la sombra de lo que quisiste ser. Traicionero asunto resultó la vida. Ni la mitad de lo prometido cumplió el pasado.

Lo esperes o no, vendrá o no. Lo busques o no, lo encontrarás o no. Te prepares o no, te servirá o no. Todo da igual. Más allá de tus ilusiones y tus planes se desenvuelve la vida.

Al dar una vuelta de llave (si se vive solo y es de noche y lo que se hace es cerrar la puerta para quedar del lado de adentro) se tiene la sensación de haberle bloqueado los caminos al azar, de haberle cortado con la guillotina la cabeza a lo imprevisible.

MARC Y EL POLICIA

- Estuve tres días sin comer y nadie me ayudó. Como no tengo el estómago hinchado, ni los brazos huesudos o los ojos saltones para salir en los diarios, no le intereso a la humanidad.
- ¿Ve? Es la droga que no lo deja trabajar.
- ¿Qué droga, oficial?, paso hambre porque no trabajo, pero no trabajo sólo porque no me gusta, es así de simple.
- Usted está envilecido por la droga, se ha quedado sin amigos, ha degradado su aspecto y por eso la sociedad no le da trabajo.
- Está hablando igual que los titulares de las revistas, oficial, usted no me entiende: me drogo porque me drogo, es como fabricar primaveras.
- Va a tener que acompañarme a la comisaría, Marc.
- ¿Todavía no conoce el camino de regreso, oficial?
- Lo conozco, pero prefiero hacerlo en su compartía.
- No hay ningún inconveniente, oficial, pero eso sí: lo acompaño hasta la puerta nada más.
- Andando.
- Algún día ni los drogadictos ni los traficantes serán perseguidos, oficial, usted no llegará a verlo, pero sucederá. Los libros de historia contarán que en el siglo XX la policía perseguía a los drogadictos y condenaba a los traficantes. Los estudiantes no entenderán semejante absurdo. Los más comprensivos sentirán piedad por los seres como usted. Alguno se pondrá en mi lugar y derramará lágrimas de mercurio en estado de ebullición.
- Cállese ya.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

DEMASIADO BONITO PARA UN CITROEN

-comic-

- El Citroen gris se distingue del pavimento sólo por su sombra. Visto desde arriba semeja un envase de hojalata abierto y deslizándose por la carretera. La sardina que conduce se llama Gary. Conduce su Citroën, toma sol, almuerza y escucha música simultáneamente. Regresa de la playa. Conduce desnudo. Sólo una pequeña toalla cubre su sexo.
- Dos chicas punks hacen dedo en un cruce de la carretera. Al Citroën no lo ven. Esperan un automóvil más caro. Pero cuando Gary pasa cerca de ellas súbitamente lo detienen. Las punks se meten en el asiento delantero. Junto a Gary.
- No pensábamos subir a esta lata -dijo la que llevaba un alfiler clavado en la oreja.
 - Pero después te miramos bien y... chico, qué quieres que te diga, eres demasiado bonito para un Citroën -agregó la que llevaba el alfiler atravesado en la mejilla..
 - No te entiendo, nena -mintió nuestro héroe.
 - Mi amiga te dice que te mereces algo mejor, bonito -aclaró la que llevaba el alfiler en la oreja.
- A Gary se le había puesto dura en el preciso momento en que esos dos culos punks se apoyaron sobre el asiento caliente del Citroën.

No tuvo que hacer nada. Sólo dejarse devorar. El volante giró hacia la derecha. Las cuatro ruedas salieron de la ruta. Las manos, las bocas, las pelvis, los pechos de las punks se incrustaron en todos los accidentes de su cuerpo. Luego de soportar media hora de acrobacias sexuales, el Citroën ha retomado su ruta.

-¿Para qué? -preguntó la del alfiler atravesado en la mejilla.

-Para una sesión más completa -dijo Gary.

-¿Tenés películas porno? -preguntó el alfiler en la oreja.

-Tengo algo mejor, vamos a filmarnos a nosotros -dijo nuestro héroe, y sacó dos tarjetas de acrílico de la consola.

-Ahí estaremos.

-Hasta mañana, bonito.

Las punks se perdieron entre una oleada colorida de bañistas que cruzaban la carretera.

Gary durmió toda la noche y parte del día siguiente hasta que sonó el teléfono.

-Hola...

-Gary, ¿te despierto?

-Sí, adorable idiota, me despiertas.

-¿Quieres ganarte doscientos dólares o te tienta más seguir durmiendo? -preguntó Linda por el auricular.

-¿Qué hay que hacer? -dijo Gary en tono de protagonista.

-Sexo, báñate que paso a buscarte en una hora.

-¿Qué clase de sexo?

-Nada que tú no hayas hecho alguna vez.

-Pero no contigo, Linda -dijo el protagonista.

-Esta es tu oportunidad.

-¿Tan acabada estás que piensas pagarme?

-Todo lo contrario, cariño. Yo traigo al cliente, cobraré el doble que tú. Paso en media hora. Adiós.

-¿Qué hay que hacer exactamente...? -volvió a preguntar Gary. Pero Linda ya había colgado el auricular de su aparato de nácar para zambullirse en una bañera de espuma azul.

Linda se puso perfume detrás de las orejas. Salió del óvalo del espejo. Se echó sobre los hombros un abrigo de pieles blancas y se dirigió hacia su Ferrari, vital e intranquilizante como un felino en su territorio. Se calzó el automóvil. Puso un cassette y la música la envolvió durante todo el trayecto hasta el estudio de Gary.

Las dos muchachas punks descienden de la camioneta de un ranchero. Se presentan ante las puertas del estudio de Gary.

-¿Qué hacen acá? -pregunta Gary con doscientos dólares en las pupilas.

-Nos habías dado cita, bonito -dijo la del alfiler en la mejilla.

-Bueno, pero... hubo un pequeño cambio de planes.

-Eso es lo que tú piensas, Gary -dijo la de oreja con alfiler.

-Pasan a buscarme en quince minutos. Se trata de un negocio.

-Quince minutos nos alcanzan, ¿no es así? -dijo alfiler mejilla mientras alfiler oreja cerraba la puerta a sus espaldas.

-¿Qué es lo que se proponen, nenas? -preguntó el duro de Gary.

-Vamos a violarte, bonito.

-Lo mejor será que te relajes, ya sabes.

Linda hizo sonar el claxon, con un acorde de Mozart, varias veces. Gary apareció poniéndose una americana y calzándose los cheyenes.

-Lo siento, Linda, tuve una visita inesperada.

-¿Negocios?

-Negocios sucios, no sé si entiendes –respondió el protagonista absoluto.

-Gary, te advierto que mis negocios son mucho más sucios que los tuyos.

-¿Me estás desafiando, Linda?

-No, Gary, sólo trato de que te quede claro con quien vas.

-Okey, ¿a quién tenemos que matar?

-Esto es más sencillo. Vamos a acostarnos con el secretario de un ministro.

La Ferrari se detuvo en seco. Gary se dio la cabeza contra el parabrisas.

-Es aquí, tengo las llaves -dijo Linda, bajando para abrir un portón de rejas.

-¿Y por qué no llamaste a otra clase de tipo? -preguntó Gary desde su asiento.

-Porque me aclaró que no quería un gay.

-¿Y si se pone pesado?

-No se pondrá. Puedo manejarlo. Se conformará con mirar, baja.

-Entonces entremos.

De regreso conduce Gary. Empieza a anochecer. Linda viaja recostada, envuelta en sus pieles y en sus perfumes. Enciende la radio y le tiende a Gary dos billetes de cien dólares.

-Toma.

Gary apaga la radio y rechaza los billetes.

-Que te los guardes.

-No hay ningún problema, Gary.

-Sí que lo hay.

-Nos ha pagado de todos modos -insiste Linda.

-Pero es la primera vez que me pasa -dice el héroe herido en su honor.

-No te montes historias, Gary, no hay problema. Además, si estuviste con esas muchachas antes, es normal.

Linda volvió a encender la radio.

-No es normal, no para mí.

-Normal o anormal, la próxima vez tendrás que tomarte un tiempo de recuperación.

-Linda -dice Gary y clava el freno.

-¿Qué te pasa? -pregunta Linda que se ha dado la cabeza contra el parabrisas.

La Ferrari se detiene violentamente al costado de la carretera.

-¡Te has vuelto loco!

-Coincido contigo, Linda, pero ahora vamos a ver quién necesita un tiempo de recuperación.

-¡Suéltame, tonto!

-No, Linda, aflójate, ahora empieza mi negocio.

Linda se afloja. Deja que Gary muerda sus pechos mientras alcanza a sacar una pistola de la guantera.

Gary cae naturalmente, como diluyéndose entre las piernas de Linda, con una bala en el estómago.

Ella abre la puerta y delicadamente deja caer ese bulto. Se coloca al volante. Le habla a Gary que se retuerce sobre el asfalto.

-Gary Querido, te advertí que mis negocios son más sucios que los tuyos.

Ya es la noche, la Ferrari se reincorpora en el tránsito hasta ser dos luces rojas entre cientos de luces rojas que dibujan un infierno eléctrico sobre el pavimento.

THE END

MARC Y EL POLICIA

-Oficial, jamás se me hubiera ocurrido que le gustaba bailar.

- No me gusta.

-¿Y entonces a qué vino a una discoteca?

-A detenerlo.

-No tengo drogas, oficial, créame, estoy bailando en estado de inocencia. Me ampara un artículo de la constitución.

-¿Qué artículo?

-Ese que dice que todos los hombres son libres de entrar, salir o permanecer bailando en este territorio. Que por el solo hecho de bailar y disfrutar de la música ya son libres. Siempre que bailen son libres.

-Ese artículo no existe.

-Qué pena, es el único artículo que podría garantizar el derecho a la alegría.

-La constitución garantiza la tranquilidad de todos los habitantes de este país.

-Oficial, ¿usted nunca se detiene a revisar si todo lo que cree es cierto?

-No me hace falta.

-Sin embargo, yo le recomiendo que haga un alto y se siente ante una de esas mesas, quítese un ojo, preferiblemente el izquierdo, después meta la mano por el agujero, tal vez deba desajustarle el nudo a algún viejo sueño, darle un poco de oxígeno a los deseos o, quizás, tenga que realizar la triste pero intransferible tarea de retirar el cadáver de alguna esperanza.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

NO ME DEJES

No me dejes. Desde lo alto y oscuro de mi soledad te beso con la mirada y no lo sabes. Y no hace falta que lo sepas, ni nada. Es un placer observarte cuando no te das cuenta. Es hermoso y tonto mirarte cuando no te enteras. Verte actuar. Imaginar lo que imaginas. Suponer lo que piensas. Qué alegría inocente y obscena saber que lo ignorabas y haberte mirado tanto. No me dejes.

MARC Y EL POLICIA

-Oficial, lo he estado observando desde mi ventana, ¿me puede decir qué hace en esta esquina en actitud sospechosa?, ¿Acaso alguna misión extraordinaria?

-Sí.

-¿Y cuál es su misión?

-Atrapados a usted y a su proveedor de drogas.

-Si se trata sólo de eso, puede ir a su casa tranquilo porque recién llamó para avisarme que no vendrá.

-¿Usted piensa que voy a creerle?

-No.

-Vuelva a su casa y no salga de ahí.

-Nada me causa más pena que ver un ser humano tiritando de frío inútilmente.

-Vuelva a su casa.

-Me destruye verlo congelarse.

-Vuelva a su casa y enciérrese.

-De acuerdo, pero antes de encerrarme, voy a traerle una bufanda y un termo con café, oficial.

-Ni se le ocurra.

-¿Qué le pasa, oficial, tiene miedo de perder imagen?

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Un tigre debajo de la cama y un orangután en el armario y una araña dentro de un zapato. Y yo que no dormía para que durmieras. El orangután. El tigre. La araña. Y yo que no dormía. Cuánto te amaba.....

El tigre y el orangután y la araña, cuánto te amaba..... cuanto te amaba.

MARC Y EL POLICIA

-¿Me buscaba a mí?

-Toda la vida lo he buscado, oficial, pero hoy el deber me reclama en otro sitio.

-¿Adónde va?

-Me citaron para el control psicológico en Toxicomanía.

-¿Y cómo va eso?

-¿El control psicológico o la toxicomanía?

-El control psicológico.

-Ah, ¿eso?, bastante más claro. La psicóloga me dijo que la culpa de que yo sea un inadaptado, la tiene usted.

-La psicóloga nunca puede haberle dicho ese disparate.

-¿Usted cuida la paz y el orden de la sociedad?

-Por supuesto.

-¿Y usted forma parte de esta sociedad?

-Efectivamente.

-Bueno, la sicóloga me dijo que la culpa de mi problema la tiene la sociedad, o sea, usted, oficial.

-Para usted todo es fácil: se hace el loco cuando le conviene y listo.

-No vaya a creer que es tan fácil. Sostener el desequilibrio cuesta tanto como mantener el equilibrio. Me cuesta, oficial. Me cuesta mucho ser libre.

LOS PRO Y LOS CONTUA DE HACER DEDO

La ciudad se hallaba tranquila. No aullaban por sus calles las sirenas del crimen. Sobraba espacio en las cárceles. Y sus habitantes vivían sin miedo.

La policía, tal vez por aburrimiento, puso en práctica un método con el fin de obtener delincuentes.

Fueron elegidos al azar algunos jóvenes de la calle. El método consistía, aproximadamente, en que los patrulleros salían a buscar por los sectores alegres y concurridos de la noche a los jóvenes elegidos. Cuando daban con ellos se dedicaban a perseguirlos.

El método resultó infalible. Los jóvenes acabaron cometiendo algún delito para no volverse locos.

MARC Y EL POLICIA

-Tengo serios problemas para relacionarme con los demás habitantes de mi casa.

-¿Pero si usted vive solo?

-Solo no, sin ninguna compañía humana, que no es lo mismo.

-¿No me va a decir que tiene problemas de relación con el perro?

-Oficial, no me tome por tarado. No tengo perro, eso es un hábito de gente legal.

-¿Entonces con quién tiene problemas de relación?

-Con las cucarachas.

-Ahora usted me toma por tarado a mí, entiendo.

-No, oficial, no entiende, le estoy hablando en serio. Tengo la casa llena de cucarachas. Y no sé qué hacer con ellas.

-Mátelas.

-No me parece la manera más creativa de resolver el problema, oficial.

-Marc, compre un frasco de veneno, exterminie todas las cucarachas y listo. Haga lo que haría cualquier persona normal: mátelas.

-Usted habrá notado que yo de normal tengo muy poco, oficial. No puedo matarlas, sencillamente no puedo.

-Haga que las mate otro entonces.

-Tampoco soporto la idea de ser cómplice del crimen.

-Usted está rematadamente loco.

-Sí, pero eso ya lo hemos hablado otras veces, oficial, ahora le estoy hablando de las cucarachas.

-No las mencione más.

-Ah, ¿no le tendrá aversión a esos oscuros animalitos, oficial?, usted como representante de la ley no puede permitirse esa clase de sentimiento. A mí en cambio me caen bien, salvo por ciertos problemas de convivencia. No son una mala compañía, cuando llego a casa con ganas de hablar, como hoy, me escuchan con atención.

-¿Así que usted les habla?

-Por supuesto, oficial, les cuento las cosas que me pasaron en el día. De usted ya les conté todo. Creo que no lo estiman demasiado. Pero volvamos a los problemas de convivencia. A ellas no les gusta que yo entro en la cocina por la noche y encienda la luz. Y a mí lo que me molesta es que se asomen cuando hay visitas. Habíamos hecho un pacto mutuo. Pero en la práctica no se cumple. Las noches que tengo sed, voy a la cocina y les arruino la diversión. Y cuando ellas necesitan entrar en mi habitación, entran aunque haya gente.

-Mátelas.

-Qué amplitud de pensamiento, oficial.

-Mátelas.

-¿Y el equilibrio ecológico, oficial?

-Usted va a terminar en una demencia absoluta.

-Ojalá suceda pronto, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

EL DESALIENTO II

El futuro ya pasó.

No porque le temas a la larga noche, dios va a existir.

Comprender un sentimiento cuando se ha hecho tarde para salvarte la vida. Es demasiado estúpido.

Has entendido que nunca te encontrarás. Lo que ahora no sabes es cómo perder el deseo de buscarte.

Ni la sombra. La esperanza fracasó.

Tu aspecto denigra al que eres. La forma te condena.

MARC Y EL POLICIA

-Tiene que ayudarme, oficial.

-¿Dónde lo atraparon?

-En una fiesta.

-¿Y qué hacía usted en esa fiesta?

-Decía boludeces, escuchaba música, bailaba en estado de gracia celestial.

-¿Era una fiesta normal?

-Más que normal, oficial, festejábamos el cumpleaños del Papa.
-¿Qué Papa?
-El Papa, uno que vive en Roma.
-¿El Santo Padre?
-No, oficial, un amigo al que le decimos el Papa porque vive en Roma. Vino a pasar unos días y le hicimos una fiesta típica de nuestro país, con policías y todo.
-Me informaron que en esa fiesta encontraron drogas.
-¿Y qué esperaban encontrar, confites y trompetas?
-¿Qué quiere que haga?
-Que les diga que me dejen ir.
-De acuerdo, váyase.
-Oficial.
-¿Qué?
-¿Podría sacar también al Papa?, se va a llevar un recuerdo horrible. Hágalo por la imagen de nuestro país en el exterior.
-De acuerdo, voy a hacer que lo larguen.
-¿Y a mis otros amigos?
-¿Cuántos son?
-Ciento veinte, más o menos.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

No dejes que se vaya. Si se va no lo verás nunca más. Si se va hablará otros idiomas. Se cubrirá con ropas nuevas, Aprenderá distintas formas de placer. Descubrirá que era hermoso estar a tu lado pero que no eras imprescindible para respirar.

No lo dejes ir. No puedes dejar que se vaya. Hazte un sitio dentro de sus pulmones. Asésinalo, pero no lo dejes ir.

Los que se van no vuelven, los que vuelven son siempre otros. Apunta directo a su corazón y dispárale toda la muerte. Tienes el derecho otorgado por el demente tribunal del amor. Asésinalo.

Te absolveremos los que hemos amado alguna vez. Pero no lo dejes ir, porque cuando se deja partir a alguien, ya no se lo ve nunca más.

MARC Y EL POLICIA

-¿Otra vez con las cucarachas?

-Sí.

-Mátelas

-De acuerdo. Matemos a las cucarachas, al mosquito anófeles, uno a uno todos los gorriones, y también a los gatos. Eliminemos palomas y perros, murciélagos y cisnes. Y no nos detengamos ahí. Descuarticemos lagartos, aplastemos arañas, desmembremos

luciérnagas, desollemos focas y decapitemos ciervos. Cuando nos hayamos habituado al exterminio animal, nos va a parecer un juego empezar con la especie humana.

-Delire todo lo que quiera, Marc, pero los insectos son muy peligrosos.

-Me parece que tiene razón, oficial, recuerdo un caso terrible. Un amigo mío quiso alejarse del delito y se fue a vivir a una pensión ribereña. Tenía serias intenciones de adaptarse a esa vida modesta. Pero no resultó, los insectos lo perseguían a toda hora. No podía dormir ni meditar en paz. Tuvo que robarle seiscientos dólares a un inocente para irse a vivir a un hotel confortable.

-¡Todo por culpa de los insectos!

-Claro, usted lo dijo, oficial, los insectos son muy peligrosos.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Para curar el ardor en el plexo solar, que sobreviene cuando se ha perdido el amor, lo aconsejable es tomar una cápsula de ojo izquierdo de iguana macho puesta a secar tres meses en una habitación oscura, en la que desfallece todas las noches un deforme enamorado, cuyo amor no es correspondido, y beberla con té de mandrágora.

La cura acontece, no por efecto de la cápsula de ojo izquierdo de iguana macho ni por la mandrágora, sino por los tres meses que se ha estado esperando ante la puerta de la habitación oscura, en la que desfallece todas las noches un deforme enamorado, cuyo amor no es correspondido.

MARC Y EL POLICIA

-Buenos días, oficial.

-¿Ahora es usted el que me persigue a mí?

-¿Por qué habría de perseguirlo, oficial?

-Porque está solo. Porque sus amigos se aburrieron y se cansaron de usted.

-¿Cómo puede saber lo que piensan mis amigos?

-Porque ellos me lo dijeron.

-¿Qué le dijeron de la Sucia Rata de Marc?

-Que es un enfermo mental.

-Qué curioso, oficial, eso es precisamente lo que yo pienso de ellos.

-No les interesa siquiera tomar una cerveza con usted, acéptelo, Marc, está solo, no tiene con quien hablar. Y la soledad lo condujo hasta esta comisaría.

-Muy conmovedora su película, oficial, pero no fue la soledad la que me trajo aquí, fue un patrullero.

-¿Un patrullero?

-Sí, un auto azul con luces en el techo y por dentro todo relleno de policías.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

CABALGA

-poster-

Cabalga sobre mí.

Aprisioname entre tus piernas y cabálgame. Cabalga. Agujeréame con la dura furia. Átame con cintas de cuero y agita tu látigo sobre mi espalda. Cabálgame. Empápame en el sudor de tu cuerpo. Cabalga sobre mí. Haz que te obedezca. Cabálgame. Dime qué soy y cuánto valgo. Claudícame. Extiéndete sobre mí como si fueras un pesado océano..

Asfíxiame. Cabálgame. Dime que me quieres y desaparece para siempre de mi vista.

MARC Y EL POLICIA

-¿A qué vino a mi oficina?

-Tengo que pedirle algo, oficial.

-¿Qué quiere?

-¿Usted usa ese tono para desalentarme, oficial?

-¿Qué tono?

-Ese.

-Dígame qué quiere o váyase. Hoy no tengo tiempo para perder con un loco.

-Justamente de eso se trata lo que vengo a pedirlo.

-¿De qué?

-Del estado de mi mente. Vengo a pedirle un certificado de locura, oficial, ¿me da uno?

-Usted delira.

-Obvio, por eso le estoy pidiendo un certificado de locura.

-Yo no pienso darle ningún certificado.

-¿Y dónde tengo que pedirlo?

-En ninguna parte porque eso no existe.

-¿Y cómo se arreglan los otros locos sin certificado para que la policía no los arreste todos los días?

-Están locos de verdad y no necesitan credenciales para demostrarlo.

-Oficial.

-¿Qué?

-¿No tiene miedo de que algún día me vengue?

-Desaparezca.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

I

El joven se levanta de su cama. Usa unos calzoncillos anchos que hacen más desgarbada y adolescente su figura. Mira por la ventana. Y la carretera. Pasan un Peugeot, un Citroën, un jeep. Se sienta sobre el piso de madera. Toma un pequeño grabador y comienza a hablar. Su voz suena por momentos natural y por momentos se entrecorta: "Espero que esté grabando. Antes de hacer lo que voy a hacer, quiero decir dos o tres cosas. Que los cigarrillos que quedan en el cartón de Winston son para Francesc. El long play de Laurie Anderson me lo prestó Roger Waters. En la lata que dice Torta Galesa hay grass, que se lo fume quien quiera. También hay un poco de blanca en la tapa del agua mineral, no alcanza para más de dos líneas, pero como dice el refrán, más valen dos buenas líneas que ciento cuarenta y ocho mulas. Ja ja. Bueno dejen que se las gaste cualquiera de mis amigos. A mis hermanas quiero pedirles que si alguna de las dos tiene un hijo, le ponga mi nombre: Ale. Y para mamá y papá les dejo el sonido del disparo que van a escuchar ahora para que les quede grabado como un hermoso recuerdo para toda la vida".

II

El comisario descendió del auto patrulla que quedó con la luz roja encendida y girando como en las películas. Abrazó a su mujer que lloraba también como en una película. Trepó las escaleras hasta el cuarto del piso superior. Entró. Súbitamente se quedó inmóvil. Desde la ventana abierta en la noche, el comisario podía ver las luces rojas y blancas sobre la carretera. Pero no se detuvo en esa visión. A sus pies, sobre el piso de madera, había otro paisaje: un fusil y el cuerpo de su hijo. Y el muchacho estaba muerto.

III

El comisario y su mujer alcanzaban a comprender apenas un poco el significado del trágico suceso. Minutos después descubrieron la dedicatoria "para mamá y papá les dejo el sonido del disparo que van a escuchar para que les quede grabado como un hermoso recuerdo para toda la vida". Entonces ya no comprendieron nada. Y eso los tranquilizó.

CUARTA PARTE

"El mundo sería igual sin literatura. En cambio, estoy convencido de que sería completamente distinto si no existiera la policía. Pienso, por tanto, que habría sido más útil a la humanidad si en vez de escritor fuera terrorista"

Gabriel García Márquez

MARC Y EL POLICIA

-Usted no puede secuestrarme, Marc.

-Ya lo he hecho, oficial, como siempre la realidad y la idea que usted tiene de ella no coinciden. No consigo entenderlo.

-Me ha entendido perfectamente. Esto que acaba de hacer le va a costar tres años de prisión.

-Es un buen tiempo. En tres años habré terminado de escribir "Los Pro y los Contra de Hacer Dedo". Y será perfecto. Mi libro es un mapa en el que están trazadas todas las carreteras de la existencia. ¿Sabe a dónde conducen esas carreteras, oficial?

-A la cárcel.

-No. A uno mismo, a ninguna parte.

-¿Para qué me secuestró?

-Esa ya me parece una pregunta más inteligente.

-¿Para qué?

-No tengo la menor idea, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Desde su ventana, el pequeño príncipe observa el horrible espectáculo de una niña envuelta en llamas.

La envuelta en llamas corre ciega entre los árboles. Es un trompo que gira enredado con hilos rojos y amarillos. Los guardias del palacio la violaron, la empaparon con el combustible de las antorchas y le prendieron fuego como a un demonio encarnado.

El pequeño príncipe la ve correr por el bosque envuelta en llamas. Ella tiende los brazos y corre. Corre como si fuese a echarse al cuello de su amante. La envuelta en llamas corre hasta que cae y es sólo una masa oscura y humeante.

El pequeño príncipe manda decir al jefe de sus guardias que quiere ver otra más.

MARC Y EL POLICIA

- Marc, Sucia Rata, no sea imbécil y desátame.
- Sería imbécil si lo desatara, oficial.
- ¿Cuánto tiempo piensa tenerme así?
- Ya no tengo ninguna obligación de responder a sus preguntas.
- No toque ese arma.
- Oficial, creo que todavía no comprende su nueva situación.
- Usted ya está muy grave, Marc, van a tener que operarlo de la cabeza.
- Tal vez no sea mala idea, oficial, podrían trasplantarme un cerebro de mosquito para que pueda entenderlo a usted.
- Desátame.
- ¿Vio esa lluvia, oficial?
- No le encuentro nada de particular.
- Alma sensible la de los policías.
- ¿Qué dice?
- Decía que es la lluvia más triste y mansa que he visto en toda mi vida.
- Desátame.
- No pienso dejarlo ir, oficial, llueve y no quiero quedarme solo.
- ¿Qué le asusta de la lluvia?
- Su composición química.
- ¿Y cuál es?
- Hidrógeno dos, oxígeno uno y recuerdos mil
- Desátame, Marc.
- No. Tengo pensado otro final para usted.
- ¿Cuál?
- Voy a matarlo.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Los hijos del asfalto se posean entre los automóviles. Cruzan miradas tarifarias con los conductores. Los hijos del asfalto están hechos de intemperie, una sustancia que convoca al deseo.

Con un gesto, sobre todo con el brillo de sus ojos, los conductores dan a entender la clase de historia que están buscando. Los mensajes llegan hasta las retinas a las que van destinados. Los hijos del asfalto suben a los coches como si fueran a conducirlos. Se sientan con las piernas abiertas. Miran con fascinación el tablero y llevan una mano al bulto de sus braguetas. Los conductores advierten la proximidad del placer y se les estremece la culpa.

Los hijos del asfalto financian sus vidas con el único capital que poseen: su sexo. A veces cometen algún robo, pero es parte del convenio. Saben que lo que toman no tiene porqué no pertenecerles. Toman lo que les pertenece. No son malos chicos. Entregan a cambio la

energía de sus cuerpos. Es un negocio mutuo. Los conductores pagan para agitarse en el miedo.

Con simples miradas se establecen las pautas del contrato. Los hijos del asfalto besan si eso es lo que se les pide. Acarician, escupen, conversan, golpean, hacen lo que se les pide.

Es un negocio. Los hijos del asfalto realizan un buen trabajo con los conductores. A veces los asesinan, es verdad, pero lo hacen cuando es eso lo que les fue pedido.

MARC Y EL POLICIA

-Voy a matarlo y después voy a suicidarme.

-¿Por qué no se suicida primero?

-Porque de ese modo no sería divertido. Voy a matarlo, oficial.

-No basta con asesinar a un policía maniatado para ser un héroe, Marc, usted no es Butch Cassidy. Además la policía no se tomó nunca el trabajo de perseguirlo.

-No mienta, oficial, me ha seguido hasta la puerta de mi casa.

-La calle donde usted vive está en mi recorrido. La Sucia Rata Marc no existe, no es ni un delincuente, ni un loco, ni un escritor. Cree que está escribiendo un libro que le revolucionará la mente a la humanidad y la va de Mesías. Pero no basta con amontonar historias incoherentes para ser un escritor.

-Es gracioso, la policía no me persigue, pero se toma el trabajo de opinar sobre lo que escribo. Oficial, si yo estuviera en su lugar, buscaría palabras más simpáticas para despedirme del mundo.

-¿Del mundo?

-Sí, oficial, en esta circunstancia, para usted el mundo soy yo. Y voy a matado.

-Si me mata lo van a encerrar por el resto de sus días.

-Ya lo sé, en la cárcel voy a poder terminar "Los Pro y los Contra de Hacer Dedo".

-No sea insensato.

-Me pide demasiado, oficial.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

PARANOIA

Madrugada y como un tonto, con esta carta en la mano, estoy buscando un buzón. Los han quitado de todas las esquinas. Probablemente sea ese intendente, Maragall o como se llame, que hoy se dedicó a fastidiarme escondiendo los buzones. He caminado más de diez calles. Ahí veo uno, justo frente al drugstore. Alrededor del buzón hay un grupo de jóvenes, algunos montados en sus motos y otros desmontados, todos con chaquetas de cuero negro. Me observan mientras avanzo hacia ellos. Parezco Kaspar Hauser con esta carta en la mano y con mi cuerpo inclinado un poco hacia adelante como si me fuera a caer de narices. Se están riendo de mí. Voy con la carta extendida hacia el buzón. Veo dos ranuras. Sé que la ranura para las cartas al extranjero es la de la derecha, lo sé, la he utilizado muchas veces, pero ahora lo dudo. Me resulta imprescindible leer esas letras

borrosas que hay sobre las ranuras. Me acerco más. Se burlan de mí. Los de las motos. Disfrutan con mi confusión. Leo "extranjero" en la de la derecha. Lo sabía. Me he puesto colorado. La cara me arde. Se me contrajeron los músculos de la nuca y del cuello. Sin embargo no he cometido ninguna torpeza extraordinaria. Coloco la carta en la ranura. Meto la mano lo más profundamente que puedo. Necesito comprobar que cae y no queda pegada al borde donde cualquiera podría robarla. El gesto de arrojar una carta al buzón me parece un acto inconcluso, algo que no se termina de hacer. Al soltar el sobre me quedo desamparado, como si en lugar de haber concretado algo hubiese perdido una oportunidad. Retiro la mano del buzón, no sin esfuerzo. Hago dos o tres inspiraciones. En alguna parte leí que bastan unas inspiraciones para que se pase el rubor: Nunca resultó, pero no puedo evitar hacerlo cada vez que me pongo colorado. No sé si hundir en el bolsillo la mano que llevaba la carta o dejada vacía, colgando inútilmente. Me sobra una mano. No sé qué hacer con ella. Cuelga de un modo ridículo. Me rasco la cabeza. La carta me había hecho olvidar de esa mano. Ahora de más. Es una mano tan evidente que resulta imposible disimularla. Los de las motos son poderosos testigos. Debo regresar a mi casa inmediatamente. Debería dar media vuelta y tomar por el mismo camino. No puedo. No sé por qué me parece absurdo que ellos confirmen que caminé hasta este lugar sólo para alcanzar el buzón y volver luego a mi casa sin que haya ocurrido algo más importante en mi vida que echar una carta en el buzón. No vuelvo. No puedo hacerla. Seguiré avanzando hasta la otra esquina. Cuando esté en el campo visual de otra gente, que no sabe que fui al buzón del drugstore, tomaré una transversal y podré regresar a mi casa. Ya estoy cerca de la esquina. Los de las motos conspiran. Han cambiado sus risas por gestos silenciosos. Están en mis espaldas sus miradas. Sé que en un instante más, en cuanto doble la esquina, van a lanzarse sobre ese buzón. Van a encender un papel y lo echarán dentro para que se quemem todas las cartas. No hay manera de impedirlo. Si están aburridos incendiarán el buzón. No puedo suplicarles que no lo hagan. ¿Qué otra diversión puedo ofrecerles a cambio? Cuando se aburran de vacilar en la puerta del drugstore quemarán el buzón. Y mi carta nunca llegará a destino.

MARC Y EL POLICIA

-¿Por qué tuvo que cruzarse en mi camino?

-Yo nunca le hubiese hablado, oficial. Fue usted el que se propuso defender al mundo del mal de la libertad.

-Desáteme, hágalo ahora y no le pasará nada.

-¡Qué manera estúpida de perder la vida, oficial! ¿Cómo se atrevió a tomar contacto con un loco? Yo iba a suicidarme tranquilamente y usted no me dejó hacerlo. ¿No conocía los riesgos de acercarse demasiado a la locura o dentro suyo hay también un loco que sólo necesita vitaminas para salir a predicar el evangelio del placer?

-¿Adónde quiere llegar?

-A ninguna parte.

-¿Entonces qué está buscando?

-Escribir un libro perfecto, matar a un policía y morir de sobredosis.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Una mujer espera apoyada contra un árbol. No hay otros visitantes en el parque. Sólo el tren de los niños que da vueltas alrededor del invierno.

En la locomotora el viejo conductor conversa con un payaso melancólico. El tren parece vacío. No hay nadie en el primero y en el segundo vagón. En el tercero viaja un niño. El cielo se oscurece. Sólo un niño. Sentado en el último asiento. Las rodillas apretadas. Conserva en la mano un billete que nadie se ha molestado en solicitarle. Como una hoja cae el domingo. Un golpe de silencio en el parque. Acaba el viaje.

La mujer espera en la parada final. Se ha detenido la marcha. Con el gesto con que se retira una encomienda sin valor, la mujer recoge al niño.

Como si se hubiesen reconocido o quisiesen conocerse, el payaso melancólico y la madre del niño se miran.

Es apenas un instante. Una imagen congelada. Un sismo en los circuitos sanguíneos. Una mujer y un payaso se miran.

Como si fuera un fatigoso asunto revivir o vivir una historia, la mujer baja la vista y se aleja con el niño. Ni mira atrás. El tren parte llevándose al payaso melancólico. Se enciende una luna de hielo en el silencio del parque.

MARC Y EL POLICIA

-¿Sabe cómo se le llama a esto?

-No, pero supongo que va a sacarme de mi ignorancia.

-Peinar. La estoy peinando. Estos últimos días no he hecho otra cosa que peinar. Halo dos líneas y después me pongo a peinar, cuidadosamente, científicamente, un nuevo par de líneas y vuelta otra vez a peinar.

-¿No se aburre?

-Sí.

-¿Por qué no ocupa su tiempo en otra cosa?

-Buena idea, juguemos a la balsa, oficial, ¿sabe como se juega?

-No tengo ningún interés en jugar a nada.

-Qué mala predisposición, oficial. Dadas las circunstancias, debería comportarse con más condescendencia... Le explico: la balsa es más que un juego, es algo que revela sentimientos, grados de afinidad o de amor. Imagínesse que estamos en una balsa: usted, su esposa, sus cinco mejores amigos, su perro, todos los policías de su sección y yo. La balsa se hunde si no arroja peso al agua. Piense, oficial, ¿a quién arrojaría primero?

-A usted.

-Oficial.

-¿Qué pasa?

-De esta manera el juego dura muy poco.

-No lo lamento.

-Debería lamentarlo, oficial, ha perdido una oportunidad para conmoverme.

LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

EL MAR (segunda parte)

Luego de muchas penurias, como en los cuentos infantiles, el simpático joven llegó a su destino final, o casi. Sentía la arena en el pelo, el sabor salado en los labios, la proximidad del mar. Un último y alto médano era la única separación entre su peregrinaje y su objetivo. Sólo atravesar un médano y encontrar el mar. En este instante la narración o la película se interrumpe. El joven héroe oye una voz profundamente sensual que lo llama. Se trata de una hermosa mujer, más hermosa aún por el misterio de estar sola en un lugar alejado. La cubre una capa que el viento marino agita. Los pliegues amoldan su silueta o se entreabren y dejan ver los muslos rosados, la maraña del pubis, que seguramente tendrá el sabor de la sal del mar. Los senos se alzan como pequeños médanos calientes. El simpático joven se queda atónito. Ella lo invita a hacer el amor. Lo invita a hacer el amor ahí mismo. Lo invita a gozar de su cuerpo tan perfecto como un caracol. El joven se excita, se trata de una situación increíblemente exacta. La mujer de la capa se acerca a él y lo toca. El joven balbucea:

-No, no puedo, tengo que ir a ver el mar.

La mujer, entre risas, le responde:

-El mar siempre estará ahí, pero yo no.

El simpático joven se quitó rápidamente el pantalón y la camisa, se echó a los brazos de la misteriosa mujer y murió sin conocer el mar.

MARC Y EL POLICIA

Llueve.

-¿En que piensa, Marc?

-En que quiero vivir.

-No es el único.

-La idea de que nunca más voy a ver el mar o la luna me entristece. Nunca más un porro de hachís al despertarme. Nunca más encontrar en un libro la frase precisa. Nunca más esperar el amor bajo la lluvia. Me avergüenzo de mí mismo: me gusta vivir. Me gusta mucho.

-¿Está hablando en serio?

-Sí, oficial.

-¿Entonces no va a matarse ni tampoco va a matarme a mí?

-No voy a matarme ni voy a matarlo. Es horrible.

-¿Qué es horrible?

-Quedarme enganchado en la vida. Preferir estar vivo.

-No se desaliente, quizás dentro de algún tiempo cambie de gusto.

-Me voy a ir a una ciudad cerca del mar, no es bueno vivir más de dos años en el mismo sitio.

-¿Cuándo se va a ir?
-Ahora.
-No me deje atado.
-Lo pienso desatar, pero me llevo su revólver.
-Si se lleva mi revólver me obliga a denunciarlo.
-Y si no me lo llevo me liquida directamente.
-¿No se puede olvidar por un instante de que soy un policía?
-¿Qué le pasaría a una rata si olvidara por un instante que el gato es un gato? Voy a dejar su revólver al pie de la estatua que hay en la estación.
-Marc, Sucia Rata, si el revólver desaparece tendré que denunciarlo. Déjelo aquí en la casa. Confíe en mí. No voy a impedir que se vaya.
-De acuerdo, oficial, voy a confiar en usted. Asegúreme que no va a salir a la calle antes de una hora.
-Se lo aseguro, Marc.
-¿Ve, oficial?, esta es una prueba innegable de que estoy loco.
-¿Cuál?
-Confío en un policía. Adiós, oficial.
-Adiós, Marc Sucia Rata.

MARC Y EL POLICÍA - LOS PRO Y LOS CONTRA DE HACER DEDO

Con una mochila en la espalda, la Sucia Rata Marc bajó las escaleras. Cruzó la calle y caminó por el lado de la lluvia, casi sin apoyar los talones y silbando. El policía abrió la ventana, apoyó el brazo en el alféizar, apuntó con su revólver a la cabeza de Marc y gatilló tres veces. Marc, inmutable, continuó su leve marcha bajo la lluvia, con la mochila colgada en la espalda y las balas en el bolsillo. El policía vio por última vez la imagen del joven que se perdía calle abajo. Y como si cerrase un libro, dijo: Marc, Sucia Rata...

FIN

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1991, en los talleres gráficos Carbet, Udaondo 2446, Lanus, Prov. de Bs. N3.
Se digitalizó entre los meses de Octubre y septiembre de 2006, un poco en cada lado, con el único fin de la divulgación de la obra José Sbarra.